

LIBERTAD

CAPITULO XVII

La enorme estación orbital flotaba ingrávida en el espacio. Nada a su alrededor indicaba que hubiese vida en ella. De vez en cuando se notaba un leve movimiento. El gigantesco espejo situado alrededor del extremo de la torre sur giraba unos cinco grados dos veces al día. Se mantenía perfectamente inmóvil durante dieciséis horas. Después giraba levemente para volver a permanecer inmóvil durante otras ocho horas. Al cabo de este tiempo volvía a tomar la posición original. El ciclo se repetía incesantemente y era el único signo que delataba la presencia de vida inteligente.

Pero aunque no había otro signo de movimiento, salvo la eterna rotación sobre su eje, en su interior había vida.

Tras cuarenta y dos años vencida por el rigor del vacío y el frío del espacio, la Naturaleza había empezado a trabajar.

Las semillas, las raíces congeladas de las gramíneas, habían vuelto a la vida cubriendo la cara interna de la esfera de un color verde claro, color de vida.

Algunas algas y bacterias habían sobrevivido al rigor del espacio y volvían a reproducirse en el agua saturada de minerales que inundaba el cauce del río que corría por el ecuador de la esfera.

Allá, alrededor de los polos, el musgo reverdecía sobre las rocas y las esporas depositadas décadas atrás por los helechos intentaban volver a brotar de la tierra.

Alimentadas por la luz del Sol y por la humedad del aire, ciertas clases de hongos abrieron sus píleos de apenas unos milímetros de diámetro cubriendo los bosques de pequeños botones rosados.

Sí, incluso los arbustos y árboles esperaban con paciencia el momento en que nuevos tallos volverían a surgir de la tierra para llenar el interior de la esfera con el rumoroso sonido de sus hojas agitadas por la brisa.

Pero la forma de vida más evolucionada que había en la estación orbital parecía estar a punto de extinguirse.

Los hombres, que habían desarrollado una incesante actividad en la estación desde su llegada, apenas se movían más que para trasladarse indolentes de un lugar a otro, hablar entre ellos y volver a trasladarse para unirse a otro grupo.

Desde la enorme ventana redonda del almacén del polo sur de la estación, Choral observaba sus movimientos preguntándose si podrían soportar todo lo que, tan de golpe, habían aprendido.

- ¡No responden, maldita sea!

Se volvió hacia Karel que, en la radio, intentaba comunicar con la Tierra desde hacía dos horas. Flexionó su cuerpo agarrándose a la barandilla que rodeaba la ventana y, colocando los pies en la pared, saltó en dirección a él. Como siempre se desvió ligeramente a la izquierda en su camino. Aunque había estado practicando durante casi una hora, aún no era capaz de calcular correctamente la rotación de la estación. Se preguntó si en los otros edificios que había alrededor del almacén sería más fácil al haber una leve gravedad que les alejaría del eje de rotación.

- ¿No has encontrado la avería?

- No hay ninguna avería. He examinado todos los módulos y las conexiones son correctas. Cada uno de ellos funciona bien por separado y en distintas combinaciones. Incluso he construido otra radio con piezas que teníamos en el almacén y no ha servido de nada. La radio funciona perfectamente pero desde la Tierra no quieren responder.

- ¿Por qué no iban a responder?. Aún no saben nada de lo que hemos hecho. La última vez que hablaste con Korander fue esta mañana. ¿Te dijo o dijiste algo que...?

- No. Aún no habían pasado... muchas cosas. Pensaba que quedaba una esperanza de convencer a Pactor. No sabía que se podía... Algo ha ocurrido, pero no sé lo que es.

- Veamos, te comunicabas con Korander dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde. ¿Alguien más hablaba con él, o hablabas con alguien más?.

- No. Todos los días a las nueve de la mañana y a las nueve de la tarde me ponía en contacto con él. Una vez le habló Pactor pero fue al principio, antes de que nadie descubriese nada. Desde hace ocho días sólo yo he hablado con él. Y ni siquiera había un técnico que manejase la radio en la Tierra. La manejaba él mismo.

- ¿Qué motivo podría tener Kander para querer cortar las comunicaciones?.

- Ninguno. Bueno, quizás decidiese cortar las comunicaciones si descubriese lo que estamos haciendo, pero no hay ningún medio por el que se haya podido enterar de nada.

- A no ser que alguien le informase.

Karel se quedó unos segundos en suspenso. Después se dirigió a la consola y se puso a teclear furiosas órdenes. Unos segundos después se apartó de la pantalla asombrado.

- ¡Torio!.

- ¿Qué?.

- Torio ha llamado a la Tierra esta mañana. Varias horas después que yo. Cuando...

- Cuando le enviaste a por las correas para atar a Pactor.

- Pero ¿por qué?. Quiero decir, creí que estaba con nosotros, que entendía todo lo que había pasado y que estaba de acuerdo. ¿Por qué ha llamado a la Tierra?.

- ¿Puedes saber lo que ha dicho?.

- Sí. Es decir, si no ha... No, él no tiene autoridad para modificar los registros. Sólo Pactor y yo...
Volvió a inclinarse sobre el teclado transmitiéndole órdenes a toda velocidad bajo la atenta mirada de Choral.

Unos segundos después apareció en pantalla la transcripción de la conversación de Torio.

- Aquí está. Torio llamó a la Tierra y le respondió un técnico de radio. Pidió hablar con Korander y le dijeron que no podían molestarle. Que les informara a ellos si había alguna emergencia. Torio les dijo... ¡que yo me había vuelto loco!, que todos en la estación se habían vuelto locos y que Pactor... Entonces llamaron a Korander. ¡Le ha informado de todo!

- ¿Han habido más comunicaciones?.

Karel volvió a teclear en la consola. Unos segundos después apareció en pantalla un esquema temporal.

- Estas son todas las comunicaciones que se han producido desde que montamos la radio. Estas líneas indican... sí, son dos comunicaciones diarias hasta hoy. Aquí abajo, a la izquierda, se indican las transmisiones que hemos hecho en las dos últimas horas pero que no han conseguido respuesta. No han habido más comunicaciones.

- ¿Qué son estas dos líneas sueltas que hay a la derecha?.

- Basura. Todos los cuerpos planetarios emiten basura electromagnética constantemente. Normalmente el ordenador las ignora pero a veces se producen ráfagas de alta intensidad y quedan registradas aunque no tengan códigos de transmisión.

* * * * *

- ¿Que Torio ha hecho ¿QUÉ??.

- Ha llamado a la Tierra y ha informado de todo a Korander. Desde entonces no hemos vuelto a conseguir comunicación con la Tierra. Choral y yo lo hemos intentado durante dos horas, pero nadie contesta a nuestras llamadas.

- Pero ¿por qué?. Podíamos haber seguido engañando a Korander durante bastante tiempo. No tenía por qué avisar...

- Por eso os lo hemos dicho a vosotros primero, Lodren. No sé qué podemos hacer. Ni lo que hará Kander.

- Bueno, habrá que estudiarlo. Si Kander decidiese matarnos de inmediato podría construir un cohete no tripulado en menos de un mes. En él nos enviaría un regalito que nos destruiría... Karel, tenemos que huir cuanto antes de esta estación. Aquí corremos peligro inmediato.

- No hace falta. - dijo Diren.

- ¿Que no hace falta?. Diren, sabiendo que somos un peligro para ellos los kander intentarán matarnos cuanto antes.

- Olvidas que necesitan la estación orbital. Lodren, Karel, no sé si os habéis preguntado por qué hemos hecho este viaje.

- Los kander querían utilizar la estación como base para hacer exploraciones por el sistema solar. - dijo Karel.

- Sí. ¿Por qué?.

- ¿Por qué?. Kander quiere explorar el sistema solar para... bueno, supongo que para estudiar los planetas exteriores.

- Sí, Karel, eso es lo que nos han dicho. Pero no es lo que yo he preguntado. Lo que me interesa saber no es para qué, sino por qué. Dime, si querían investigar los planetas del sistema solar ¿por qué no han utilizado su nave?. Ellos han venido a la Tierra desde una estrella que no es la nuestra, así que sabemos que tienen una nave interestelar con la que han venido desde una estrella situada a, por lo menos, cinco años luz de distancia. Y lo mismo podrían haber venido desde setenta mil años luz porque no sabemos donde está su estrella, podría estar en cualquier lugar de la galaxia. Hemos estado durante cuatro años entrenándonos, estudiando, diseñando y por fin construyendo la nave en la que hemos venido. Y en todo este tiempo a ninguno de nosotros se le ha ocurrido preguntarse porqué no han cogido su propia nave y venido aquí en diez minutos.

- Yo se lo pregunté a Kander en cierta ocasión. - dijo Lodren.

- ¿Qué? - se sorprendió Diren - No creí que... Y ¿qué te dijo?.

- Me dijo que no le interesaba la estación en sí misma, que no le hacía falta para nada. En realidad, solo quería enseñarnos a construir naves para que fuésemos capaces de hacerlo el día en que ellos se fueran.

Diren permaneció indeciso unos segundos.

- Y ¿crees que puede ser verdad?.

- No lo sé. En aquel momento lo creí, y no me volví a hacer más preguntas sobre el tema. Ahora...

- ¿Es posible - preguntó Karel - que te dijeran una mentira lo suficientemente inteligente como para que no tuvieses más dudas?.

- Es posible. Pero si no es esa la razón ¿cuál es?.

- Yo había pensado - dijo Diren - que lo que en realidad ocurría era que su nave no funcionaba. Ha estado posada en la Tierra durante cuarenta y dos años. Quizás su nave no funciona y por eso nos han hecho venir aquí. Quieren irse. Quieren volver a su planeta. Y necesitan otra nave porque la suya no funciona.

- No. - dijo Lodren - Es imposible. La estación es algo más pequeña que la nave de los kander pero no creo que pudiera ser acondicionada para viajes interestelares. Interplanetarios sí, pero no sería capaz de viajar a la estrella más cercana. Tardaría varios siglos...

- ¿Interplanetarios?. - interrumpió Karel - ¿Has dicho interplanetarios?.

- Sí, claro. Se podrían instalar unas cuñas gravitacionales en la base de las torres y desplazarla por todo el sistema solar. Tendríamos que construir unos espejos más grandes si nos alejásemos demasiado del Sol para seguir

captando la misma cantidad de energía. Podríamos... naturalmente si tuviéramos cuñas gravitacionales. Como se fueron con la nave éstas no son sino hipótesis infundadas.

- Espera, Lodren. Aclara esto. Las cuñas gravitacionales que llevábamos ¿no eran para aumentar la gravedad en las habitaciones de los kander?

- Sí, claro, pero igual que se pueden usar para inclinar el campo gravitatorio de una zona del espacio aumentando su gravedad, también pueden nivelarlo haciendo que desaparezca. Así funcionaban las salas de entrenamiento allá en la Tierra. Si hiciésemos eso en la estación, ésta dejaría de ser atraída por la Luna, la Tierra y el Sol y seguiría una trayectoria rectilínea a través del espacio. Es más, controlando la inclinación del campo gravitatorio podríamos hacer que la estación “cayese” en la dirección y con la aceleración que deseásemos sin que en el interior se apreciaran efectos inerciales. Por desgracia no tuvimos tiempo de sacar de la nave las cuñas que traíamos.

Karel se sintió frustrado. Por un momento pensó que podría ser posible huir con toda la estación orbital.

- De todas formas, Diren, si lo que dices es cierto y los kander necesitan la estación intacta, no podrán destruirla, así que para matarnos sin dañarla tendrá que venir un kander al menos en una nave tripulada. Tardarán seis meses, cuatro si se dan prisa, en construirla. Tenemos tiempo de sobra para construir nuestra nave y huir antes de que lleguen.

- Y ¿a dónde iremos?. - preguntó Choral.

- Diren seguirá traduciendo los libros y averiguando todo lo que pueda sobre las estaciones y bases de los Antepasados que hay en el sistema solar. Cuando las conozcamos todas decidiremos.

- ¿Y Torio?. ¿Qué haremos con él?.

- Hablar. No creo que podamos hacer otra cosa.

- Si no os importa, - dijo Diren - yo volveré a la *escuela* mientras vais a hablar con él. Prefiero seguir traduciendo los libros. - se levantó para irse - Por cierto, Choral, ¿cómo están reaccionando los hombres?.

- Muchos están en la biblioteca hojeando las fotografías de los libros y hablando entre ellos. Aún no saben qué pensar. ¿No han ido a la *escuela*?.

- ¿Que si no han ido?. Prácticamente me han echado de la sala donde estaba trabajando. Ahora mismo hay unos quince hombres hojeando los libros. He tenido que organizar a varios para bajar todos los libros de la planta superior y ahora estoy trabajando en ella.

- ¿Les has ordenado - dijo Karel - que no se lleven ninguno?.

- Se lo he pedido. No creo que dar órdenes sea prudente en estos momentos.

- ¿Te queda mucho para traducirlos todos?.

- Esta tarde le llevé a Karel la mitad del primero y ahora mismo estoy a punto de terminarlo. Karel, si ya no tenemos que enviar más informes a la Tierra, me gustaría usar el ordenador para traducirlos. Tardaría mucho menos tiempo en hacerlo si no tuviera que andar todos los días metiendo la información y volviéndola a sacar antes de la comunicación a la Tierra.

- Bien. - asintió Karel - daré instrucciones al ordenador para que no envíe más informes a la Tierra y para que nadie salvo nosotros pueda usar la radio. Y que me avise si se recibe alguna otra transmisión de la Tierra.

* * * * *

Encontraron a Torio en el salón de la casa que les servía de vivienda. Estaba sentado en un sillón y leyendo las hojas impresas en las que estaba la traducción de los libros escritos por Diren.

Al entrar ellos en la sala se sobresaltó.

- Torio, ¿cómo está Pactor?.

- Sigue igual. He intentado darle de comer pero... escupe toda la comida. No sé qué podemos hacer.

Karel se sentó en un sillón frente a él. Lodren y Choral se sentaron a los lados.

- Torio, sabemos que has hablado con Korander y le has dicho todo lo que ha ocurrido en los últimos días. ¿Por qué?.

Torio no respondió. Su mirada, insegura, recorría la habitación sin llegar a posarse más de un segundo en el mismo sitio.

- Podemos comprender que no estés de acuerdo con nosotros. Han sido demasiadas cosas las que han ocurrido en muy poco tiempo. Pero ¿por qué no nos has dicho que...?

- ¡Porque estáis locos todos!. ¿Es que no os dais cuenta?. ¿Cómo podéis creer, decir las cosas terribles que habéis dicho acerca de Kander?. Él nos ha criado, nos ha educado, nos ha dado todo lo que tenemos. Y vosotros decís que nos utiliza, que nos ha engañado toda nuestra vida. ¿Que clase de hombres sois?.

Aquel estallido les sorprendió tanto que no fueron capaces de reaccionar.

- ¿No crees - preguntó Choral - nada de lo que hemos descubierto?.

- ¡Por supuesto que no!. Todos habéis supuesto desde el principio que Kander nos ha mentado. Pero ¿y si no fue así?. Todo lo que habéis descubierto carece de sentido. No es posible que Kander nos domine mentalmente. Ni que los hombres y las madres vivieran juntos. ¡Ni que Kander nos vaya a matar!.

- ¿Y cómo explicas entonces - preguntó Lodren - todas las evidencias que hemos encontrado en esta estación orbital?.

- Es evidente ¿no?. Sabemos que existen al menos dos razas inteligentes en el universo. Pero sabemos también que una de ellas estaba enferma, loca, que era capaz de usar la violencia dentro de su misma especie. Para hacer daño a otros hombres. Para matar. Lo que yo creo es que los Antepasados se mataron entre ellos. Es lo que han hecho a lo largo de toda su existencia.

»Desde que formaron la primera civilización sólo han progresado a base de construir máquinas de matar. Primero hicieron máquinas que podían matar a una persona, después a muchas. Al final, su capacidad de matar superó toda medida. Inventaron una máquina que podía matar a la gente a distancia, ¡que la podía matar de Terror!

»Los habitantes de esta estación eran el Enemigo. ¿Cómo no lo habéis comprendido antes?. Eran sin duda Antepasados que se separaron de la Tierra muchos años antes y se convirtieron en el Enemigo. Que lucharon en numerosas guerras contra la Tierra. Que adquirieron distintas costumbres, costumbres salvajes propiciadas por su salvajismo y su locura. ¡Y que al final inventaron la máquina de matar definitiva!. La máquina que podía matar de Terror a todo un planeta.

»El Terror que sentimos cuando llegamos aquí no fue el terror de Kander al saber que iba a morir. ¿Cómo habéis podido pensar eso?. ¡Era el Terror provocado por la máquina de matar que había inventado el Enemigo!. Se activó accidentalmente por las vibraciones del desintegrador cuando generamos la atmósfera en la estación. Nos hizo perder el conocimiento a todos y por eso Miro no pudo desviar la lanzadera para salvar la vida de Kander.

»Yo lo he comprendido todo. ¿Por qué vosotros no?.

No dijeron nada durante varios minutos. Se quedaron mirando a Torio y pensando en todo lo que había dicho.

- Torio, - preguntó Choral - ¿por qué no has dicho antes lo que pensabas?.

- Porque no lo he descubierto hasta esta misma tarde. Karel, Lodren, ¿Habéis leído las traducciones de Diren?.

- Yo empecé a leerlas esta tarde, cuando me las trajo Diren. - dijo Karel - Solo pude leer unas páginas hasta que tuve que ir a comunicarme con Korander.

- Pues deberíais hacerlo cuanto antes. Aquí se describe como era el Enemigo. Eran mezquinos, ruines, desconfiados y traidores. Eran capaces de mentir, de pelear, de matar incluso, por conseguir un beneficio. En estas páginas se narra cómo hay una guerra entre dos ciudades, una en el espacio y la otra en la Tierra e Isai Draikas es un traidor que cambia de bando para acabar engañándolos a todos. No comprendo cómo Diren ha sido capaz de describir algunas de estas escenas. ¡Sí, lo comprendo!. Ha enloquecido. Habéis enloquecido todos.

- Pero si no creías las cosas que decíamos - insistió Choral - ¿por qué te callaste durante todos estos días?.

- ¡Porque tenía miedo!. Veía cómo os estabais volviendo locos uno tras otro y no entendía nada de lo que encontrábamos aquí. Sabía que no podíais tener razón pero tampoco encontraba nada que lo explicase. Esta mañana, mientras Karel hablaba con Korander, intenté hablar con Pactor, decirle que debíamos contárselo todo a Kander. Se volvió loco de nuevo y me atacó como una bestia salvaje. Si Karel no regresa a tiempo creo que me hubiera matado. Entonces me di cuenta de que no podía seguir callando. Tenía que informar a Kander y tal vez él, por mediación de Korander pudiera darme una explicación a todo lo que hemos averiguado.

»Pero esta tarde lo he entendido todo. Después de leer esto.

Su expresión era de asco al mirar los papeles que había sobre la mesa.

Pasaron unos minutos mientras recapitaban. Al fin, Karel se decidió a romper el silencio.

- Torio, creo que no tienes razón. Es posible que los Antepasados sean mezquinos y violentos. Es incluso posible que se maten entre ellos. Pero no creo que los habitantes de esta estación matasen a los habitantes de la Tierra. Recuerda que, por lo que hemos podido aprender de los libros, la mayoría de las guerras que hicieron los Antepasados eran por motivos territoriales. Las guerras se producirían entre distintas regiones, entre distintos continentes. Y aquí vivían hombres de los cinco continentes, como Diren ha comprobado por los diferentes idiomas en que están escritos los libros. Además, en el espacio no hay territorios. No tendría sentido hacer una guerra territorial cuando se pueden construir estaciones como ésta o incluso más grandes y explorar todo el universo.

»Creo que aquí vivían Antepasados como los que había en la Tierra. Creo que después de siglos, de milenios de guerra tal vez, habían aprendido a vivir en paz entre ellos y habían sido capaces de vivir juntos. Creo que conservaron esos libros para que les sirvieran de aviso a las futuras generaciones sobre los peligros de la violencia.

»Creo que los kander llegaron hace cuarenta y dos años y destruyeron todo eso. Que nos han utilizado como herramientas. Que nos han quitado el pasado. Que nos han quitado la *libertad*.

»Sí, vivían de una forma diferente a nosotros. Tenían *mujeres* y convivían con ellas. Y tenían niños a los que criaban en común. ¿Quién puede saber si su forma de vida era mejor o peor que la nuestra?. Sus costumbres nos parecen abominables pero las nuestras nos han sido enseñadas por los kander, nos han sido impuestas. No eran las costumbres de los Antepasados. Tal vez llegue la hora en que tengamos que intentar vivir según esas costumbres.

- No sabes lo que dices, Karel. ¿Crees que podrías gozar con una... madre?. ¿Es que no recuerdas lo desagradables, lo...?.

- ¿Por qué?. - preguntó Choral interrumpiendo a Torio - ¿Por qué os resultaba a todos tan desagradable aparearos con las *mujeres*?.

- ¡Porque son asquerosas!. Apenas tienen inteligencia, ni sentimientos. Y el simple acto del apareamiento es...

- Lodren, - preguntó Choral, ignorándole - ¿Podría ser que los kander os hicieran sentir repugnancia durante el apareamiento para que no sintierais ningún tipo de sentimiento por ellas?.

Lodren no respondió de inmediato. Se quedó sentado con la boca abierta contemplando a Choral asombrado.

- ¡Pues claro!. - respondió al cabo de unos segundos - Quiero decir, no tenemos pruebas de que así lo hicieran pero ahora que lo dices bien podría ser una explicación. Era condicionamiento. Una vez leí sobre un experimento de... ¡Mierda, tienes razón!. Los kander nos hacían sentir asco para que no pensáramos en las *mujeres* como miembros de nuestra misma especie.

- ¡Estáis locos!. - gritó Torio - no hacéis más que inventaros estupideces acerca de Kander. Ellos nos han criado, nos han enseñado todo lo que sabemos...

- ¡Llámales! - volvió a interrumpirle Choral - Karel, déjale que llame a la Tierra.

- No creo... - empezó a protestar Karel.

- Sí. Que hable con los kander. Que ellos hablen con nosotros. Que nos convenzan de que estamos equivocados. ¡Que nos lo demuestren!. Empezamos a tener problemas por no confiar entre nosotros ¿no?. Pues no cometamos el mismo error. Confiemos en ellos. Hablemos con ellos. Si es que podemos.

Karel se quedó contemplando a Choral, indeciso. Abrió la consola de su brazo y le dio unas órdenes.

- Ya está. Puedes llamar.

Torio tomó su consola mirándolos desconfiado.

Hizo varios intentos por llamar a la Tierra. Las ondas no le respondieron.

- ¿Creéis que podéis engañarme?. - preguntó al comprobar que no iba a haber respuesta - Habéis desconectado la radio.

Una vez más Karel y Choral se sintieron desanimados. ¿Cómo se podía convencer a quien no quería ser convencido?.

- ¿Qué vais a hacer ahora?. - preguntó Torio - ¿Encerrarme?. Es lo lógico, así no podré decir la verdad a nadie y podréis engañar a todos los demás.

- No. - respondió Karel - Realmente había pensado en ello, pero no creo que estés loco. Sólo pienso que estás equivocado. Los kander nos encerrarían, nos matarían a todos. Eso es lo que creo. Pero no pienso actuar como ellos. Tienes *libertad* para hacer lo que quieras. Puedes hablar con los demás hombres, decirles lo que piensas que es la verdad. Nosotros también haremos lo mismo. Contaremos a los hombres nuestra verdad. Y ellos tendrán *libertad* para elegir. Es más de lo que nunca han hecho los kander.

Karel se levantó para irse, y Choral le siguió hasta la puerta. Al llegar a ella Karel se dio cuenta de que Lodren seguía aún sentado.

- ¿Lodren?.

- ¿Eh?. Perdona, Karel. Es que estaba pensando. Creo que acabará por gustarme eso de la *libertad*.

- ¿Qué quieres decir?.

- Bueno, creo que es evidente. Dime, ¿alguna vez habías visto una escena como ésta?. Dos hombres hablando. Exponiendo distintos puntos de vista. Argumentando. Intentando convencerse el uno al otro. Uno está equivocado. O quizás los dos o ninguno, ¿qué importa?. Pero la discusión no se resuelve con una orden, ni con amenazas, ni encerrando uno de ellos al otro. "No estás loco, sino equivocado". Dime ¿no es una demostración palpable de que los kander ya no nos dominan?. ¿De que podemos elegir una opinión y creer en ella a pesar de todos los argumentos, órdenes y amenazas que nos hagan?. Sí, creo que me gustará eso de la *libertad*.

Sin esperar una respuesta, se levantó y se encaminó hacia la puerta. Antes de cerrarla, Karel vio que la cara de Torio reflejaba más incertidumbre que nunca.

CAPITULO XVIII

La alarma sonó a las dos y media de la madrugada despertando a Karel y Choral, que dormían abrazados en el dormitorio de aquél.

Karel se levantó con rapidez y cogió la consola que estaba sobre la cómoda.

- ¿Qué ocurre?. - preguntó Choral.

- Han llamado por radio. Programé el ordenador para que me avisase si llamaban.

Activó la radio y pidió la repetición del mensaje.

- ¿Qué es esto?. - dijo Karel mirando extrañado la consola.

Volvió a pedir el mensaje.

Lo que oyeron fue una voz que pronunciaba unas palabras ininteligibles.

Volvieron a oírla varias veces, cambiando la velocidad de reproducción. Más lento, más rápido, era inútil. Aunque los sonidos eran perfectamente reconocibles como una voz humana, las palabras que pronunciaba eran desconocidas para Karel y Choral.

- Boidabeko, ¿no será la voz de Kander?.

- No. Los kander no hablan. Al menos de una forma que nosotros podamos oír. Más bien parece la voz de un niño.

Repitió el mensaje varias veces más sin que llegara a captar el significado de ninguna de las tres palabras que lo componían.

- Es inútil. - dijo por fin - No se entiende nada de lo que dice. Será mejor que vayamos a dormir.

Volvieron a tumbarse sobre la cama, acomodando sus cuerpos para dormir abrazados.

Choral estaba a punto de dormirse de nuevo cuando sintió que Karel se separaba suavemente de él.

- ¿Qué pasa ahora?. - preguntó somnoliento.

- Voy a mirar algo. Duérmete Koideso.

Éste se preguntó cómo pensaba Karel que se iba a dormir con la curiosidad de saber lo que significaba ese mensaje.

A pesar de todo, estaba de nuevo a punto de dormirse cuando oyó una exclamación de Karel.

- ¡Por los Antepasados!.

Resignado, abrió los ojos. Karel estaba sentado en la mesa del dormitorio. Ante él tenía la consola, en cuya pantalla pudo reconocer la misma imagen que le había mostrado aquella tarde.

Levantándose con esfuerzo, se dirigió a él.

- Koideso, - dijo Karel al verle levantado - mira esto.

La imagen era la misma, pero en la parte inferior, a la izquierda, se habían añadido los intentos que hizo Torio por comunicar con la Tierra. A la derecha había también una línea más que debía ser el mensaje que acababan de recibir.

- Sí, ¿qué pasa?.

- ¿Recuerdas las dos líneas solitarias que me hiciste notar esta tarde?. Pues también eran mensajes idénticos a éste. Debe ser una grabación. Pero no tiene ninguno de los códigos de inicio y fin de mensaje que usamos normalmente, por eso el ordenador no avisó al ser una transmisión tan corta. Pero ahora tenía órdenes de avisarme.

- ¿Eran idénticos?.

- No sólo eso. Los tres mensajes se han recibido aproximadamente con tres días y medio de diferencia entre cada uno de ellos. Eso significa que es un mensaje automático. Seguramente lleva emitiendo desde...

- O sea, que volverán a llamar dentro de tres días y medio, ¿no?.

- Espero que sí.

- Entonces vámonos a la cama. No pienso estar levantado esperando tres días y medio hasta que vuelvan a llamar.

* * * * *

- Lodren, ¿podemos saber de dónde viene el mensaje?.

- No lo creo. Tendríamos que tener cuatro receptores separados por un mínimo de tres mil metros para saber exactamente la dirección de la que viene. Sólo tenemos dos de suficiente potencia, la radio de la lanzadera no llegó a captar ninguno de ellos. No obstante, con las dos radios colocadas a tres mil o cinco mil metros de distancia, podríamos calcular la diferencia de tiempo en que cada una de ellas recibe el mensaje. Si las dos radios recibiesen el mensaje en la misma millonésima de segundo, significaría que el origen está en cualquier punto del plano que pasa perpendicularmente por el centro de los receptores. Si la diferencia de tiempo fuese la misma que tardaría la luz en llegar desde un receptor hasta el otro, significará que el origen está alineado con los dos receptores, lo cual sería una suerte increíble, pues nos señalaría exactamente la dirección de la fuente. En cualquier otro caso tendríamos una superficie de generación hiperbólica más o menos abierta. La emisión se puede haber producido en cualquier punto de esa superficie.

- ¿A qué distancia?.

- Eso ya sería más difícil de saber. La potencia de una transmisión electromagnética disminuye con el cuadrado de la distancia. Si colocásemos dos receptores a mil Km de distancia entre sí y el emisor estuviera en la misma línea recta a mil Km del primero, éste recibiría una emisión cuatro veces más potente que el segundo receptor.

Pero a cien mil Km la diferencia sería de... un dos por ciento, más o menos. Y a la distancia de Marte sería... Espera un momento.

Lodren abrió la consola del ordenador e hizo unos cálculos.

- Sí. Esto es... unas cinco cienmilésimas, menos la pérdida de precisión por la debilidad de la señal... y teniendo en cuenta que... No, no creo que nuestros receptores puedan captar una diferencia tan leve en la potencia. Y no te quiero contar nada si la transmisión viniera de más allá de Plutón.

- ¿Puede ser un mensaje de los Antepasados?. - preguntó Diren.

- Es lo que creo. - contestó Karel - Quizás los Antepasados dejaron alguna máquina que emitiese el mensaje cada cierto tiempo antes de desaparecer.

- ¿Has pensado que quizás queden Antepasados vivos?.

Karel recapacitó detenidamente sobre ello antes de contestar.

- No lo creo. Sería estupendo que los hubiera y pudiéramos comunicarnos con ellos, pero creo que es un mensaje automático. Además, ignoramos la dirección y la distancia a la que están.

- Quizás no. Dijiste que el mensaje se ha producido con una diferencia de tres días y medio. ¿Podrían ser tres días, trece horas, trece minutos y cuarenta y dos segundos?.

- No lo he calculado al segundo. - dijo Karel con asombro - Sí, podría ser ese tiempo. ¿Cómo lo sabes?.

- Suponiendo que fueran los Antepasados, es evidente que el mensaje tiene que proceder de dentro del sistema solar. Ahora bien, ¿por qué tres días y medio?. Acabo de mirar en el ordenador los períodos de revolución y traslación de todos los cuerpos importantes del sistema. El período de traslación de una de las lunas de Júpiter es ese tiempo exactamente. No están fuera de nuestro sistema. Están en la cuarta luna de Júpiter.

- ¡Bien!. - dijo Lodren al cabo de unos segundos, levantándose - como ya no me necesitáis, me iré a seguir mi trabajo.

- Espera, Lodren, tenemos...

- Tenemos que construir una nave capaz de llegar a Júpiter y volver si no encontramos a nadie en casa. No creo que sea difícil. De hecho, ayer me diste una idea... Tengo que solucionar varios problemas pero creo que conseguiré algo mejor que éso, aunque aún no sé cuantos hombres van a viajar con nosotros.

* * * * *

- ¡No iremos ninguno!.

Choral contempló desanimado a Kestar Ramejo. Estaban en el anfiteatro, lugar preferido por todos para hablar desde que Karel les expusiera los hechos que habían descubierto. No había sido una reunión convocada. Simplemente varios grupos se empezaron a reunir y discutir entre ellos. Conforme llegaban más hombres se unían a la discusión sin que llegaran a ponerse de acuerdo.

- Kestar, - dijo - puedes hablar por tí. Puedes tomar la decisión que quieras, pero no puedes imponer tu opinión a los demás. Si alguno prefiere venir con nosotros...

- No. Nadie está tan loco que prefiera irse con una pandilla de maniacos. He hablado esta mañana con Torio y me ha dicho que el que se quiera ir con Karel es que está loco. Él no piensa permitir a sus hombres que se unan a la expedición de Karel. Y aunque yo estoy a las órdenes de Lodren, no pienso obedecerle si se ha vuelto loco.

- Puedes desobedecerle si quieres. Y los hombres de Torio pueden desobedecerle también si prefieren venir con nosotros. Pero preguntate si podríais desobedecer en la Tierra. No. En la Tierra os sería imposible pensar siquiera en desobedecer porque los kander os lo impedirían. Es lo que Karel dijo ayer. Tenemos *libertad*, podemos elegir, es algo que nunca hemos tenido.

- Y ¿para qué queremos esa *libertad*?. No le ha servido de nada a Pactor. Lo he visto esta mañana y es un vegetal, hay que darle la comida obligándole a tragar. ¡Se ha vuelto loco con todas estas estupideces!. Y así acabaráis todos.

- Es posible que Pactor no haya podido soportar la *libertad*. Tal vez tú y algunos más no la queráis, pero en este momento la tenéis. La estáis usando. ¡Estáis eligiendo!. Si no quisieras la *libertad* obedecerías a Lodren. Pero no lo haces porque has elegido. Tienes que dejar que los demás también elijan.

- Yo no quiero la *libertad* - dijo otro hombre del corro que se había formado a su alrededor - si eso significa que cualquiera puede quebrantar los Mandamientos. Tengo miedo de lo que puedan hacer los demás. ¿Y si alguno decide matarme por la noche mientras duermo?. Sin Mandamientos no hay nada que se lo impida. Esta noche apenas he podido dormir. ¡De miedo!. ¿De qué sirve la *libertad* si no podemos confiar los unos en los otros?.

- A mí me ha pasado lo mismo. - dijo Poster - He tenido que irme y buscar una casa para dormir solo y con la puerta cerrada. Y no he sido el único. No creo que hayan dormido más de treinta hombres en los dormitorios.

- ¿Alguno de vosotros ha pensado en matar a un compañero mientras dormía?.

- No, desde luego. Sería absurdo.

- Pues ese es todo el control que necesitáis. Seguimos teniendo los Mandamientos. Podemos quebrantarlos si queremos pues los kander ya no nos controlan. Pero podemos controlarnos nosotros mismos.

- Y ¿de qué servirá que tengamos *libertad* si no podemos reproducirnos?. Todas las madres están en la Tierra. Si huimos de Kander no tendremos más niños y moriremos de viejos sin tener nadie a quien enseñar lo que sabemos.

- No lo sé. - confesó Choral - No se me había ocurrido. Quizás pudiéramos clonar madres, no sé. Tendríamos que preguntar a Lodren.

- No hace falta. - contestó Dicas - Yo sé más que Lodren de genética. Es bastante fácil clonar madres, pero lo difícil sería completar una gestación extrauterina. No tenemos medios para conseguirlo. Si huimos de Kander, la nuestra será la última generación de hombres *libres*.

- Podríamos robar las madres a los kander. - sugirió Choral.

- ¿Sí?. ¿Cómo?. - preguntaron varios riendo.
- No lo sé. No he pensado en ello. Pero seguro que hay un medio. Siempre hay un medio para conseguir cualquier cosa.

* * * * *

- ¡Robar las madres!?.
- Sí, Boidabeko. He estado pensando en ello. Los hombres tienen razón. Huir de los kander sin tener *mujeres* que nos den niños sería nuestro fin como raza. Si pudiéramos...
- Es imposible, Koideso. Si bajamos a la Tierra los kander nos detectarán de inmediato. No sólo eso, estaremos de nuevo en su poder y nos controlarán o nos matarán sin que podamos hacer nada por defendernos.
- Hay alguien que podría bajar a la Tierra: Diren. Recuerda que él puede controlar sus emociones de tal forma que los kander no lo detectarían. Él podría descender a la Tierra sin que...
- Olvidalo, Koideso. Aunque Diren pudiera bajar a la Tierra sin que le detectasen, los radares detectarían su nave. Si no la detectasen, tendría que llegar hasta la ciudadela sin que le vieran. Si no le vieran tendría que entrar en el recinto de las madres. ¡Y ellas se asustarían al ver un hombre en el recinto!. No hay forma de que los kander no lo percibiesen.
- Tienes razón. - dijo Choral desanimado - Entonces no hay esperanza de que podamos...
- Vamos, Koideso. No te desanimes tanto. Tú eres el que siempre dice que no hay que perder la esperanza. Estamos vivos y no estamos controlados por los kander. Quizás no podamos ahora, ni este año, pero el que viene ¿quién sabe?. Ve entre los hombres, habla con ellos, di que mientras tengamos vida y *libertad* hay esperanza. Tendremos madres algún día. Tendremos *mujeres*. Lo importante es que tengamos *libertad* para conseguirlo.

* * * * *

Karel estuvo pensando en ello casi toda la noche. A la mañana siguiente reunió a Lodren y Diren y les habló de la idea de Choral.

- ¡No!. ¡Ni hablar!. ¿Cómo puedes pensar que podría...?
- Calma, Diren. No te estoy proponiendo que lo hagas. Sólo estoy preguntando si sería posible.
- No lo sé. ¡Ni me importa!. No pienso volver a la Tierra nunca, ¡jamás!. Ahora que por fin soy *libre* no pienso arriesgarme a caer de nuevo bajo el control de los kander.
- Ni yo te lo pediría, pero los hombres tienen razón. ¿Qué haremos dentro de algunos años cuando no tengamos niños a los que enseñar ni que continúen lo que hemos empezado?. Me pregunto para qué va a servir todo esto si no hay nadie que lo pueda continuar.
- Bueno, - intervino Lodren - sería posible diseñar una substancia que disminuyera la emotividad de una persona durante varias horas. Eso haría que fuese invisible a los kander pero no a los demás hombres. Ni a las *mujeres*. Por otro lado, no creo que pueda diseñar una droga tan específica que no disminuya la coordinación, los reflejos y la razón de un hombre. Y tampoco veo cómo un hombre podría entrar en el recinto de las madres sin que éstas se aterrorizaran alertando a los kander.
- ¿Y las niñas?. - dijo Karel - Las *mujeres* crían niños para servir a los kander y niñas para sustituirlas en la reproducción cuando son demasiado viejas. Durante el primer año de su vida están juntos en la incubadora para luego ir a las guarderías. No sé donde está la guardería de las niñas, y creo que sería tan peligroso verlas como ver a las madres. Pero en la incubadora sólo hay niños y niñas de menos de un año que no se asustarían al ver hombres.
- Y ¿cómo podríamos llegar hasta allí?.
- Los kander mantienen las guarderías y la incubadora fuera de la ciudadela, nunca se me ocurrió porqué. Ahora comprendo que si perciben nuestras emociones, para ellos debe ser muy molesto soportar los sentimientos incontrolados de los niños. Sólo entramos en la ciudadela a partir de los siete años, cuando empezamos a pensar por nosotros mismos y tienen que empezar a controlarnos más de cerca.
- Pero hay madres cuidando a los niños. Se aterrorizarán al vernos alertando a Kander.
- No he resuelto ese problema todavía. Por eso os necesito, para que me ayudéis a pensar.
- Es inútil pensar nada. - dijo Diren - La idea de Choral es imposible. ¡Kander! Mira lo que estás diciendo. Traer niñas, traer madres que las cuiden. ¿Cómo?. ¿Por qué no pides también traer la Luna?. Sería más fácil que todo eso.

- No sé si podríamos traer *mujeres*. Si no podemos no me importa con tal de que traigamos niñas.
- ¡Oh!. Niñas de menos de un año. ¿Y quién va a criarlas?.
- Nosotros. Aprenderemos a criarlas y algún día tendremos madres.
- O *mujeres*. - corrigió Lodren.
Diren los miró a los dos, incrédulo. Después sacudió la cabeza.
- Estáis locos. Estáis para que os encierren. ¿Lo sabéis?.
- Sí, Diren. - dijo Karel riendo - Y me encanta.
- Pensaré en ello, - dijo Lodren - aunque no te prometo nada.
- Yo también pensaré, pero no bajaré a la Tierra aunque me lo ordenes.

* * * * *

- ¡Vamos, salta!.
Choral contempló a Draken en el interior de la cúpula. Se dirigía al extremo opuesto, flotando lentamente en la casi inexistente gravedad del eje.

Estaban en una enorme esfera de cuarenta metros de diámetro con paredes de un material plástico transparente. Había varios hombres jugando con una pelota que rebotaba de una manera casi impredecible en las paredes. Su objetivo parecían ser unas placas circulares situadas en extremos opuestos de la esfera.
- De verdad que sabéis llevarme a sitios increíbles.

- Venga, salta de una vez, no te vas a hacer daño.

Choral se separó lentamente de la pared. Su camino se dirigía hacia el extremo opuesto de la esfera. De pronto vio pasar ante él una pelota y se sobresaltó.

- ¡Eh!. ¡Cuidado, vosotros!. ¡Que hay gente aquí arriba!.

La pelota, lanzada por uno de los hombres que estaban jugando, rebotó tres veces en las paredes antes de volver al grupo de jugadores. Uno de ellos la cogió y se la arrojó a otro hombre situado a unos diez metros de distancia, quien la arrojó contra el marcador, produciendo un sonido totalmente distinto al de los rebotes.

Sintió que alguien le cogía de un pie y le hacía girar en el aire. Baltis, que había venido desde abajo

(¿abajo? ¿dónde está abajo?)

había utilizado su impulso para arrojarle en una dirección totalmente distinta mientras él se dirigía hacia Draken.

Esta vez fue Draken quien cogió a Baltis por la muñeca y, tras dar un par de vueltas en las que éste se intentaba liberar, lo arrojó hacia el grupo de hombres que había junto al marcador.

Choral descubrió que podía controlar el giro de su cuerpo usando sus brazos y manos como timones, apoyándose en el aire, lo cual no impidió que chocara de espaldas con la pared y saliera rebotando en otra dirección.

- ¡Eso no ha tenido gracia!. - protestó.

Pero Baltis estaba demasiado atareado discutiendo con los hombres a los que había interrumpido el juego.

- ¡Si queréis jugar esperad que terminemos!. ¡Nosotros llegamos primero!.

- ¡Está bien, ya nos vamos!. Pues vaya cómo se ponen por un estúpido juego. ¿Os queda mucho para terminar?.

Choral pudo por fin controlar un rebote en la pared para dirigirse hacia la puerta. Ésta cedió ante la palma de su mano y se agarró al marco para evitar chocar con la red exterior.

- ¡Uff!. Vaya sitio. ¿Quién lo ha descubierto?.

- Lo descubrió ayer Tilo, - dijo Draken que había salido tras él - pero cometió el error de contárselo a todo el mundo.

- ¿No fuisteis a la biblioteca?.

- ¡Qué va!. Fuimos pero había tantos hombres mirando los libros que nos fuimos a investigar por ahí. Son buenos tipos. Y muy divertidos. ¿Crees que formaríamos un buen trío?.

- ¡Eh, Draken, Choral!. ¡Cerrad la puerta!. Me voy a quedar a jugar un rato.

- No lo sé. - contestó Choral cerrando la puerta de la esfera - Los grupos de tres o más hombres no suelen durar mucho. Casi siempre acaba yéndose alguno. Una pareja suele ser más estable.

- ¿Cuanto hace que estás con Karel?.

- ¡Casi un año!. - contempló a los hombres que jugaban en el interior - No creo que nos separemos en mucho tiempo. Cuando quieres a otro hombre, cuando lo quieres de verdad, te fijas en todo lo que hace, en todo lo que dice. Acabas conociéndolo mejor que a ti mismo. Y, si tienes la suerte de que ese hombre también te quiere, no hay nada más importante que el amor que os une.

- ¿Cómo os conocisteis?.

- Fue mi segundo tutor cuando salí de la guardería. Me enseñó geometría y física. Y fue muy dulce cuando me inició en el sexo. Después, cuando cumplí el pupilaje, nos separamos y estuvimos durante varios años viéndonos de tarde en tarde. Hace tres años me asignaron un niño. Tuve algunos problemas con su educación y fui a consultarle. Empezamos a vernos cada vez más a menudo. ¡Me confesó que él también había consultado a su antiguo tutor varias veces durante mi aprendizaje!. ¿Sabías que uno de sus tutores había sido Lodren?. No sé en qué momento exacto me di cuenta de que me había enamorado de él, pero Karel en aquella época estaba enamorado de Tanis. Cuando éste murió, Karel quedó destrozado. Comencé a verle con más frecuencia, él lo necesitaba. Después, cuando terminé de enseñar a mi pupilo, se lo asignaron a otro tutor y Karel y yo nos hicimos amantes.

- Supongo que debí pasarlo muy mal. Cuando encontramos los restos de Remo, Poster sufrió mucho. Se recuperará, todos intentamos ayudarlo. Supongo que todos lo superaremos.

Choral permaneció en silencio unos minutos comprendiendo el dolor de Draken. Yalo, su amante, la persona que más le importaba en el mundo, estaba en la Tierra. Había salido para estar fuera un par de meses y quizás no le volviera a ver.

- ¿Crees que Kander nos matará si volvemos a la Tierra?.

- Sí.

- Me gustaría decírselo a Yalo. Decirle porqué no puedo regresar.

- No puedes. No debes. Todos los que están en la Tierra viven porque son útiles a los kander. Si se lo dijeras a Yalo, él empezaría a hacerse preguntas sobre cosas que nunca había pensado. Se volvería rebelde y los kander le matarían. Mientras no sospeche nada de los kander, seguirá vivo. Por eso han cortado las comunicaciones. No pueden arriesgarse a que ningún hombre se entere de lo que hemos hecho. Son mucho más débiles de lo que siempre hemos pensado.

- ¿Qué crees que le habrá pasado a Korander?. Torio se lo contó todo.

Choral no contestó. No sabía lo que habría sido de Korander, pero temía que se hubiera hecho preguntas, que hubiera pensado...

Contempló el partido unos minutos en silencio.

- ¿Sabes?. Me pregunto cómo será todo dentro de algunos años. Iremos a alguno de los lugares que los Antepasados tenían en el espacio. Intentaremos vivir según unas normas desconocidas aún para nosotros. Tal vez podamos aprender más cosas sobre los Antepasados. Algún día los kander se irán y podremos volver a la Tierra a enseñarles a todos a vivir en *libertad*.

- ¿Crees que se irán?

Dejó pasar unos minutos antes de responder.

- Estoy leyendo los libros de Isai Draikas. En uno de ellos tuvo que usar la violencia para expulsar a unos enemigos de su casa. Nunca creí que diría esto, pero estoy dispuesto a usar la violencia contra los kander para liberar a los hombres que han quedado en la Tierra. Para echar a los kander de nuestro planeta.

* * * * *

- ¿Puedes hacerlo?

- Probablemente sí. Aunque aún no sé de qué serviría. No creo que...

- Los problemas, de uno en uno, tienen fácil solución. Primero intenta resolver éste. Después resolveremos los demás.

- Eso es lo que dice Isai Draikas.

- ¿Acaso es mentira?.

CAPITULO XIX

La construcción del hangar comenzó tres días más tarde en el extremo de la torre norte. Tendría forma cilíndrica con capacidad para una nave y dos lanzaderas. Lodren decidió que el hangar permaneciera unido a la torre compartiendo su rotación aunque eso dificultase en algo el trabajo dentro del mismo. Al mismo tiempo se construyó una fábrica en un claro del bosque norte, cerca del apeadero, con el fin de elaborar allí los componentes que no requiriesen ingravidez, pero lo suficientemente lejos del ecuador como para que las piezas pesasen algo más de la mitad de lo que pesarían en la Tierra.

La nave que se había de construir aún no estaba ni diseñada, muchos hombres aún no habían decidido adónde querían ir, por lo que Lodren optó por construir para empezar una lanzadera con capacidad para cuarenta hombres. Rediseñó los planos por completo cambiando mamparos, desplazando los motores... Hizo trabajar a los hombres como nunca habían trabajado antes.

* * * * *

- ¡Uff!. - exclamó Karel dejándose caer agotado en el sofá - Jamás había estado tan cansado. Ni siquiera cuando los kander nos hacían trabajar de lo lindo. Tengo la espalda destrozada.

- Deberías hacer ejercicio. - dijo Choral que se encontraba leyendo los libros de Isai Draikas - Te vendría bien para la espalda.

- Ni hablar. No pienso mover un hueso hasta que alguien venga a recogerme y llevarme a la cama.

Choral se levantó y poniéndose de pie sobre el sofá se sentó sobre sus piernas comenzando a darle un masaje en la espalda.

- Pobrecito. ¿Sabes lo que te vendría bien?. Un ejercicio que no cansa y que entona el cuerpo de maravilla.

- Lo siento, Koideso. No creo que fuera capaz de levantar ni un gramo, y mucho menos un palmo.

- ¡Tonto!, - exclamó Choral riendo - no me refiero a eso. Estos últimos días he estado yendo al eje sur con Tilo, Baltis y algunos más. Uno de los edificios que hay es como un almacén esférico y dentro hay otra esfera de plástico transparente. Tilo se estuvo devanando los sesos para averiguar lo que podía ser y al final ¿sabes lo que encontró?.

- ¿Qué?. - preguntó Karel renunciando de buena gana a adivinarlo.

- ¡Pelotas!. Las hay de varios tamaños. ¿Te imaginas un partido de pelota jugando en un campo esférico y sin gravedad?.

- ¿Sin gravedad?.

- Está tan cerca del eje que se puede saltar con facilidad todo el diámetro de la esfera. La superficie interior es lisa pero no resbala y te puedes apoyar con bastante facilidad para saltar y rebotar en la dirección que quieras. En dos puntos opuestos hay unos marcadores de tantos. Es divertido. Desde que lo descubrimos hemos echado muchos partidos. Pero si no quieres cansarte, déjate flotar y descansa. O goza. Nunca hemos gozado en condiciones de ingravidez, ¿no crees que sería divertido?.

- Me estás tentando. ¿Van muchos hombres por allí?.

- Cada vez más, desde que lo descubrimos. Tilo también ha descubierto un edificio con muchos dormitorios individuales. ¿Sabes lo que pienso?. Que a los Antepasados les gustaba gozar en la intimidad. En todos los libros de Isai Draikas, cuando se describen escenas de sexo entre un hombre y una *mujer*, lo hacen siempre en dormitorios privados, y nunca hay gente alrededor. No es que describan mucho, la verdad es que me gustaría saber mejor como pueden practicar el sexo un hombre y una *mujer*, pero estos libros no explican casi nada.

- Bueno, - respondió Karel dándose la vuelta entre sus piernas - quizás se tocasen aquí... ¡O aquí...!

- ¡Oh, Boidabeko!. ¡Mi Karel!

* * * * *

Hagamos como los Antepasados y pasemos directamente al final de la escena.

* * * * *

- ¿Estás mejor?. - preguntó Choral.

- Mucho más relajado. Sabes dar unos masajes estupendos.

- ¿Crees que los Antepasados podrían...?.

- ¡Los Antepasados!. Lo olvidé. Tengo que ver a Diren.

- ¿Por qué?.

- ¿No te acuerdas?. Hoy se han cumplido tres días desde el último mensaje de radio que recibimos. Ven conmigo. Nos enteraremos de si ha tenido éxito su experimento.

- ¿Qué experimento?.

- No lo sé muy bien. Me dijo que no estaba seguro de cómo lo iba a hacer. Vamos. Te enterarás al mismo tiempo que yo.

Salieron de la casa y se dirigieron a la *escuela*. En el camino encontraron numerosos hombres tumbados en la hierba y leyendo los libros que Diren había traducido.

- Míralos. - dijo Karel - Temíamos que cuando supiesen que no estaban controlados se iban a volver contra nosotros. Que no nos obedecerían. Pero hoy los he visto trabajar como nunca. Han obedecido todas las órdenes sin rechistar. Incluso Torio. Y eso que es el que está más en contra nuestra.

- Puede ser porque estamos construyendo la lanzadera para volver a la Tierra. Quizás no estén tan entusiasmados cuando empecemos a construir la nave para huir de los kander.

- ¿Sabes?. No sé porqué, pero no lo creo. Han cambiado. Antes trabajaban y hacían las cosas para cumplir la voluntad de los kander. Era su principal... nuestro principal objetivo. Ahora en cambio trabajamos por nuestro propio bien o por el bien de nuestros compañeros. Creo que hay algo hermoso en todo esto.

Entraron en la *escuela* y se dirigieron a la segunda planta. Diren había tenido que prohibir a los hombres que se sentaran en las escaleras pues armaban demasiado ruido y no le dejaban concentrarse en su trabajo. Al final tuvo que acceder a que pudieran sacar los libros fuera del edificio pero haciéndoles prometer que los cuidarían y los devolverían al interior cuando terminaran de hojearlos.

Encontraron a Diren trabajando con el ordenador.

- Hola, Diren. - dijo Karel - ¿Cómo fue el experimento?.

- Mal. No han respondido.

- Bueno. Tampoco confiaba mucho en que lo hicieran. Infórmame de lo que has hecho.

- Ayer, dos de los hombres de Lodren montaron el segundo receptor en la lanzadera. Júpiter se encuentra ahora a cincuenta y siete minutos luz de nosotros. Esta mañana grabé un mensaje de tres minutos en nuestro idioma y en el de los Antepasados. No creo que sea el mismo en el que están las tres palabras que nos han enviado pero no podía hacer otra cosa. Si había allí hombres de todos los continentes es posible que alguno lo entendiera.

»Esta tarde enviamos los mensajes dos veces con una pausa de un minuto entre ellos y calculando que los terminasen de recibir un minuto antes de que ellos envíen el suyo. Otra pausa, esta vez de dos minutos, y volver a enviarlos dos veces con la misma pausa. Calculé que si hay alguien enviando el mensaje podría estar allí cuando fuera a emitirlo y oíría el nuestro. A pesar de todo volví a emitir el mensaje en el momento en que lo recibimos. Si no lo habían oído antes, al menos, esperarían respuesta.

»Aparte de eso, cuando faltaba una media hora para que llegase el mensaje, colocamos la lanzadera a trescientos kilómetros de distancia de la estación en dirección a Júpiter y programamos los dos ordenadores para que en el momento de recibir la señal se emitiesen un mensaje mutuamente. De esa forma tendríamos todos los parámetros necesarios para conocer la dirección exacta de la que viene el mensaje.

»Comprobamos que el mensaje viene de Júpiter. Podría venir de una estrella que casualmente estuviese detrás de él pero no lo creo, las probabilidades son infinitesimales. De todas formas, dentro de tres días volveremos a comprobarlo y así no tendremos ninguna duda pues Júpiter se habrá desplazado con respecto al campo de estrellas.

- ¿No ha habido respuesta, entonces?.

- Sólo el mensaje. Llegó con unos segundos de adelanto con respecto a lo que yo había calculado, pero eso fue porque nos estamos acercando a Júpiter y no calculé la diferencia en las distancias. Aparte de eso no ha habido ninguna señal más. Nada que haga suponer que hayan recibido el mensaje. Y ya han pasado cinco horas desde que recibieron los nuestros. ¡Deberían haber respondido!.

- Es posible que no haya nadie para responder. Mira, Diren, he estado pensando. Esta estación hacía poco que se había terminado cuando llegaron los kander. No estaba completamente habitada y los hombres y *mujeres* de la estación tuvieron que huir. Ahora bien, los kander tenían una nave que podía viajar a Júpiter en cuestión de horas o minutos. Antes de posarla definitivamente en la Tierra se habrían asegurado de que no dejaban a nadie en todo el sistema solar que pudiera amenazarles, así que, después de recogeros a los niños, fueron a Júpiter, a la Luna, a los asteroides, y en todas partes hicieron lo mismo que hicieron en la Tierra: Matar a todos los que encontraron. Después se posaron en la Tierra y allí se quedaron hasta hoy. La emisión que recibimos es, tiene que ser, una transmisión automática. No habrá nadie que nos reciba cuando lleguemos dentro de algunos meses.

- De todas formas, si no te importa, me gustaría enviar mensajes a todos los lugares que menciona Isai Draikas. Es posible que en algún sitio...

- Sí. Inténtalo. Pero... ¿has localizado ya alguna máquina que permita leer los cartuchos de la biblioteca?.

- No. He pedido a los hombres que busquen por todas partes, pero ninguno ha podido encontrarla. Sólo podemos leer los libros de Isai Draikas y otros que explican cómo se pronuncian las palabras. Todos los demás están en su mayoría en un idioma totalmente distinto y que no tiene casi ningún punto de similitud con el primero.

- Encontraste un libro que servía para enseñar un idioma a los que hablasen otro. Podrías utilizarlo...

- Ya lo intenté. - interrumpió Diren, frustrado - En esta estación hay libros en cinco idiomas, el ochenta y dos por ciento está en uno. El doce por ciento en un segundo. Casi todo el resto en un tercero. Luego está mi idioma, del que solo tengo los libros de Isai Draikas y un par de libros didácticos. Por último hay un idioma del que sólo tengo dos libros, uno de medicina y otro en el que no hay dibujos por lo que ignoro de lo que trata. Temo que mi idioma era el cuarto en importancia dentro de la estación. No es mucho para trabajar con ello.

- Dijiste que en la biblioteca encontraste varios cartuchos con palabras de tu idioma.

- Sí. Pero no sé como se leen. He pedido a los hombres que busquen posibles máquinas lectoras, pero no sabemos qué aspecto pueden tener. Y no disponemos de máquinas capaces de descubrir cómo estaban codificados.

- Bien. Sigue trabajando en ello en tus ratos libres. Pero de momento te necesito para dirigir a los hombres en la construcción del hangar. Lodren no puede dirigirlos a todos. Tiene que rediseñar la nave y quiero que empecemos a construirla cuanto antes.

- Sí, Karel. - dijo Diren con resignación - ¿No podemos hacer nada más?.

- De momento, no. - respondió Karel sonriendo - Pero podremos.

Salieron de la habitación y caminaron en silencio durante un rato. Karel no quería hablar y agradeció el silencio de Choral. Tenía muchas cosas en que pensar.

Se acercaron a un parque en el que había bancos y algunos aparatos de hierro cuya utilidad habían ignorado hasta que uno de los hombres descubrió que eran aparatos de juegos infantiles. Hacía cuarenta y dos años, algunos niños jugaron allí vigilados por la atenta mirada de sus *padres*. Karel no quería creer que nunca más fuesen a ser utilizados.

En los últimos días había dado miles de vueltas a este problema pero eran tantos los imponderables que no sabía si se podrían resolver todos ellos.

De pronto observó que Choral le miraba sonriendo.

- ¿Qué?

Choral no respondió. Sonrió aún más.

- ¿Qué pasa?. ¿Por qué te ríes?.

- Estaba pensando que nunca te había visto sonreír a Diren.

Karel sintió que una nube pasaba ante su vista.

Le había odiado.

Sí, le había odiado con todas sus fuerzas por su inhumanidad, su frialdad, su...

- Ya no le odias.

- No lo sé. Durante años pensé que la muerte de Tanis había sido culpa suya, pero nunca me di cuenta de que le odiase.

- Kander mitigaba tu odio. Cuando estabas cerca de él te sentías violento y le odiabas, pero Kander contenía ese odio para que no influyese en tus actos. ¿Sabes?, no sé cuanto tiempo hubiera podido dominarte Kander, pero no creo que mucho más. Incluso en la Tierra se te notaba demasiado que le odiabas y que no soportabas su presencia. Lo que no entiendo es ¿cómo has dejado de odiarle?.

- Quizás tenía que salir.

- ¿Qué?

- Koideso, ¿crees que es bueno que los kander controlen nuestros sentimientos?.

- Bueno, nos hacía la vida más sencilla. No teníamos que preocuparnos de muchas cosas.

- Es posible, pero mira a Pactor. Nunca ha sido una persona violenta pero en el momento en que no ha estado controlado por Kander...

- Precisamente. Si hubiésemos seguido siendo controlados nada le habría ocurrido. Dica dice que parece haber sufrido una conmoción cerebral, pero no está seguro. En toda su vida sólo ha tratado partos y alguna que otra lesión leve en los hombres. Nunca ha tenido que tratar algo como lo que le aqueja a Pactor.

- No me has entendido. En cierta ocasión Pactor desobedeció a Kander. Cuando le ordenaron aparearse sintió tal repugnancia que no pudo obedecer. ¡Kander no consiguió eliminar su repugnancia!.

- ¿Y?.

- Supongo que los kander pueden alterar nuestros sentimientos si no son muy fuertes, pero no pueden destruirlos. Yo sentí odio por Diren cuando me comunicó la muerte de Tanis. Y no pude dar salida a ese odio, Kander me lo impidió. Tras la muerte de Kander, sin embargo, el odio estaba ahí, Kander no lo había destruido. Quise perjudicarlo, degradarlo, encerrarlo... si se me hubiese podido ocurrir quizás hasta matarlo, pero no pude. Estaban ocurriendo tantas cosas que tenía... sí, tenía miedo de todo. Pero cuando me di cuenta de que Diren no era el culpable... no sé, supongo que el odio desapareció. Lo que los kander no habían conseguido en dos años lo consiguieron unos cuantos días de *libertad*.

- ¿Sigues teniendo miedo?.

- Sí, pero también tengo esperanza. Eso es algo nuevo, algo que nunca había sentido cuando estaba bajo el control de los kander.

Se levantaron para seguir su paseo entre los árboles.

- ¿Sabes?. Nunca entendí por qué me ascendieron antes que a Pactor. Él estaba más capacitado que yo para el mando. Ahora lo entiendo. Los kander no lo ascendieron porque tenía un carácter muy fuerte, porque una vez fue capaz de desobedecerles. Eso debió provocarle resentimiento. Durante años ha tenido sentimientos de envidia y resentimiento hacia mí, sentimientos que los kander han podido mitigar pero no destruir. Cuando Kander murió todos esos sentimientos salieron a flote llegando al extremo de querer matarme. Por eso ha huido.

- ¿Huido?. - preguntó Choral, extrañado.

- Dica dice que su cuerpo está en perfectas condiciones físicas. Las heridas y contusiones se están curando y dentro de un par de semanas no quedará rastro de ellas. Incluso ha dejado de tener convulsiones y ataques de violencia. Lo que Pactor tiene es que ha descubierto... un Antepasado en su interior. Siempre hablamos de los Antepasados en tercera persona, como si nosotros no tuviésemos nada que ver con ellos. Pero tenemos los mismos genes, los mismos cuerpos, las mismas mentes. Como dijo Torio, los Antepasados eran violentos, mezquinos, envidiosos... Nosotros también lo somos pero no lo hemos descubierto hasta ahora.

Caminaron en silencio durante un largo rato. De vez en cuando oían un grito debilitado por la distancia. Algunos hombres estaban jugando en el río. Por el pasillo de bajada de la torre sur comenzó a surgir un grupo que sin duda había estado jugando un partido a la pelota. Junto al refugio, otros hombres estaban comiendo. Cerca de la biblioteca, sobre el césped junto a la orilla del río, un grupo de tres o cuatro hombres estaban gozando del sexo. Choral sonrió al pensar que, seguramente, se habían ayudado a excitarse contemplando las fotografías de las *mujeres*.

Lamentó que Pactor no pudiese ver nada de esto.

- ¿Crees que se curará?.

- No lo sé. Espero que sí. No depende de Kander, depende de él.

* * * * *

- Karel, ¿puedo hablar contigo?.

- Pasa, Torio. Dime.

- Preferiría que fuese en privado.

- Si no os importa, - dijo Choral levantándose - iré a dar una vuelta.

Se dirigió hacia la puerta, y salió de la casa dejándolos solos.

- Dime, Torio.

- Esta mañana he pasado por el refugio. ¿Sabes que desde hace varios días no duerme nadie en él?. He pensado que deberíamos desmontarlo, al menos los dormitorios.

Karel asintió con la cabeza. Sabía que el refugio no se usaba más que para comer desde hacía tiempo, pero no había visto ningún motivo para desmantelarlo. También sabía que Torio no quería hablarle de eso.

- Es curioso. Al entrar en él he tenido una sensación de añoranza. Echo de menos muchas cosas de la Tierra. Los campos, el mar, las noches de luna llena, las playas...

Karel sintió una cuchillada de nostalgia. También él echaba de menos todo eso y muchas más cosas, pero hacía tiempo que había decidido que no servía de nada pensar en ello.

- Recuerdo una noche, durante un viaje de estudios, que nos quedamos a dormir cerca de la playa. No había Luna y brillaban...

- Dime, Torio. ¿Has venido a hablarme de algo en particular o sólo quieres convencerme de que vuelva a la Tierra?.

Torio sonrió tristemente.

- Sólo quería recordarte las cosas hermosas que hay en la Tierra. Y recordarte también que éramos felices. ¿Cómo puedes pensar que Kander nos controlaba y nos utilizaba como simples herramientas?. Si fuera así no nos hubiera dejado salir nunca de la ciudadela, ni nos hubiera permitido ser felices, ni nos habría enseñado todo lo que sabemos. Karel, estoy seguro de que te equivocas. Kander nos ama. Siempre nos ha tratado bien. Kander no puede ser tan cruel como piensas si nos ha tratado de esa forma.

Karel permaneció en silencio con la mirada perdida al fondo de la sala.

- Dime, Torio. - dijo por fin - ¿Has leído los libros que tradujo Diren?.

- Sí, y sólo describen costumbres extrañas. Muchas cosas ni siquiera Diren las comprende y por eso están llenos de notas a pie de página, para intentar darle una explicación a lo que no la puede tener.

- Te equivocas. No es que Diren no las comprenda, sino que nosotros nunca las hemos conocido. En estos libros se habla de cosas que nunca hemos imaginado. Quien escribió la vida de Isai Draikas estaba escribiendo para gente de su época, gente que tenía las mismas costumbres que él. El escritor no podía suponer que iban a ser leídos por nosotros, así que no se molestó en explicar cada pequeño detalle que para él carecía de importancia. Esos detalles son los que no entendemos. Y sin embargo... hay cosas que podemos comprender. Hemos deducido muchas cosas acerca de la vida de los Antepasados y hemos encontrado palabras que describen cosas que desconocíamos. Empezando por *libertad*, *mujer*, *hijo*, *familia*, *avión*, *bañador*. Están también las palabras que hemos entendido y que describen horribles conceptos: *tortura*, *guerra*, *política*, *sacrificio*, *publicidad*. Luego están aquellas cuyo significado desconocemos. *Dinero*, *terrorismo*, *Dios*, *corbata*. Todas estas palabras describen cosas que nunca habíamos imaginado, y algunas aún no las podemos imaginar. Pero también usaban palabras que tienen una traducción directa, que para ellos significaban lo mismo que para nosotros. Estudio, felicidad, paisaje, belleza, estrellas... y Amor. No eran tan distintos a nosotros.

- No podréis volver a ver nunca un paisaje de la Tierra. No podréis contemplar la belleza de las primeras estrellas apareciendo en el cielo tras el atardecer. No tendréis nunca felicidad.

Karel sintió un dolor inmenso mientras las lágrimas le surgían de los ojos.

- Torio, por favor, no me *tortures*. - se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano antes de continuar - Dime, ¿cómo te llamas?.

- ¿Eh?. No entiendo... Soy Torio Boikasebo.

- No. Torio es un grado, una palabra que describe tu profesión y categoría. Boikasebo es un número. El número de orden de tu nacimiento. Todos nosotros estamos numerados. Ahí, ese tatuaje sobre tu pecho. Para los kander sólo eres la herramienta número BKSB (cuatro mil ochocientos uno) que se puede usar para dirigir equipos de hasta quince hombres en tareas de mantenimiento y fabricación. No tienes nombre, como ninguno de nosotros.

- Es ridículo. Boikasebo es mi nombre aunque también...

- Todos los Antepasados tenían un nombre desde su nacimiento. También se les asignaba un número de serie, y posteriormente podían tener un grado, una profesión. Pero antes que nada tenían un nombre que los convertía en *personas*. Para los kander no somos *personas*, sólo un grado y un número. ¡Una herramienta con número de serie!.

- Karel, no tiene sentido. Olvidas que los kander no nos *explotaban*, no nos mataban a trabajar hasta reventar. Nos enseñaron todo lo que sabemos. Nos dieron *libertad* para amar a quien deseáramos. Para ser felices.

- Mientras siguiésemos funcionando como buenas herramientas. Nos cuidaban para que durásemos más. Pero cuando una herramienta se estropeaba, cuando no respondía según su voluntad, se deshacían de ella. Acuérdate de los locos.

- Karel, no me hagas esto. Quiero volver a la Tierra. Tengo que volver a la Tierra. Karel, no podemos vivir así, necesitamos a Kander para que nos cuide. Si nos controla mentalmente me da igual, pero no puedo vivir dudando constantemente de todo lo que hago, de todo lo que digo... dudando de mis hombres, sin saber si en algún momento van a...

Karel permaneció callado durante unos minutos. Comprendía el sufrimiento de Torio. Había pasado por lo mismo hacía varios días. Sabía que no podría decir nada que le consolara, por eso dejó pasar el dolor en silencio.

- Estáis equivocados. - murmuró Torio, al fin - Estáis equivocados.

- Torio, quisiera que te quedaras. Quisiera que os quedarais todos. Pero no puedo ordenároslo. Tenéis que ser vosotros, todos y cada uno de vosotros, quienes toméis vuestra propia decisión.

- ¿Y si nos equivocamos?.

- Eso es lo más terrible de la *libertad*. Nadie nos dice lo que tenemos que hacer. Tenemos que elegir y podemos equivocarnos. Y si nos equivocamos tenemos que vivir con ello, sufrir las consecuencias. Si nosotros nos

equivocamos no volveremos a ver la Tierra y quizás no podamos ser nunca felices. Viviremos condenados a vagar por el espacio sin tener un lugar al que ir, huyendo para siempre, sin necesidad, de los kander. Si os equivocáis vosotros moriréis. No sé qué será mejor. De verdad, Torio, no lo sé.

CAPITULO XX

- Bien, Ticher, ¿preparado?.

- Sí, Torio.

- Vigila las posibles derivaciones, y si las hay, corta la energía de inmediato.

Torio alzó una llave de potencia eléctrica. Durante unos segundos no ocurrió nada pero poco a poco comenzaron a oír un suave rumor.

El sonido de la maquinaria poniéndose en marcha aumentó lentamente hasta que, con un fuerte estruendo, las ruedas comenzaron a girar. Tras unos segundos el sonido disminuyó hasta convertirse en el rítmico golpeteo de los tacómetros que controlaban la velocidad de giro.

- ¿Alguna derivación?.

Ticher frunció el ceño antes de responder.

- Pues... no.

- ¿Qué pasa?.

- Es extraño, pero parece que está entrando más energía de la que nosotros estamos produciendo.

Torio, examinó el potenciómetro y lo comparó con otro que había a dos metros de distancia. No había mucha diferencia pero, efectivamente, entraba más energía de la que ellos producían.

- Los Antepasados debían tener acumuladores en alguna parte y, a pesar de los cuarenta años transcurridos, aún debe quedar alguna energía residual. No tiene importancia.

Volviéndose hacia la maquinaria, comprobó que no había ningún ruido extraño y que los engranajes encajaban perfectamente en su sitio.

- Poster, - dijo por radio - ¿todo va bien?.

- Sí, Torio. Es fantástico.

- Avísame a la primera vuelta.

Torio permaneció con Ticher, examinando la maquinaria en movimiento. Unos minutos más tarde volvió a oír la voz de Poster.

- Torio, ya llega la primera marca. En este momento pasa ante mí y da la vuelta ¡ahora!.

Tras hacer algunos cálculos en su consola, Torio dijo.

- Unos cuatro kilómetros por hora. No está mal. Bien, Ticher, para los motores. Quiero hacer unas comprobaciones antes de avisar a Karel.

* * * * *

Karel fue el primero en subir por la escalera. Tras el aviso de Torio ordenó parar los trabajos en el hangar y todos descendieron al apeadero que había entre los dos tramos de escaleras. También los hombres que estaban construyendo la fábrica subieron por el camino del bosque y en ese momento no había nadie en la estación orbital que no esperase impaciente el momento en que Karel daría a Torio la orden de poner en marcha la maquinaria.

- Esto es una estupidez. - renegaba Lodren - Podríamos seguir trabajando varias horas más en lugar de estar aquí para esta ridícula exhibición.

- Hasta los kander nos hacían descansar de vez en cuando, Lodren. Llevamos diez días de un trabajo que a veces es agotador, todos necesitamos descansar y ésta es una ocasión especial. Además, lo que ha conseguido Torio nos beneficiará a todos, los hombres se sentirán menos cansados cuando lleguen al hangar y podrás hacerlos trabajar más duro.

- ¡Anda!, lo dices como si yo fuese un tirano. En fin, intentaré disfrutar de la fiesta, aunque malditas las ganas que tengo de andar dando saltos por ahí.

Karel sonrió para sí viendo a Lodren alejarse a pequeños saltos. La fuerza centrífuga generada por la rotación de la estación, en el apeadero emulaba media gravedad tan sólo. Aunque con un poco de práctica se podía caminar sin problemas, resultaba más fácil desplazarse a pequeños saltos. A Karel le recordaba la forma en que andaban los gorriones.

Torio estaba dando unas últimas instrucciones a Ticher y Karel no quiso interrumpirle, al fin y al cabo era su momento de gloria, habían tenido pocas cosas que celebrar desde su llegada y Karel había decidido que se lo habían ganado de sobra.

En ese momento los hombres estaban ocupando todo el pasillo inferior del apeadero y parte de las escaleras mecánicas. Observó que Choral estaba en un grupo formado por Draken, Tilo y algunos más comentando entusiasmados una jugada de balón-mano. Era curioso como en apenas unos días se habían organizado varios equipos de juego que pasaban casi todo el tiempo libre entrenándose y compitiendo en el campo deportivo del polo sur de la estación. Una vez, Choral volvió con una contusión en el hombro y eso le alarmó. Fue a observar un par de partidos y decidió que tendría que haber unas reglas que minimizasen el riesgo de colisión. También hizo que Choral diseñase unos protectores para la cabeza y las extremidades, las partes más expuestas a accidentes durante el juego. Algunos hombres protestaron, decían que con tanto protector perderían agilidad, pero cuando uno de los hombres se rompió la muñeca en un choque inesperado, Karel fue terminante: O se acataban las reglas y se llevaban protectores, o se terminaría el juego. Por supuesto, el juego continuó.

El resto de los hombres hablaban entre ellos produciendo una algarabía a la que Karel había tardado en acostumbrarse. En la Tierra, cuando asistían a una reunión de trabajo, los que no tuviesen que hacer solían permanecer en silencio, observando todo lo que ocurriese a su alrededor y procurando no molestar a los que estaban trabajando. Allí sin embargo, no había manera de conseguir un minuto de silencio. Muy pocos prestaban atención a

lo que hacían Torio y sus hombres, la mayoría distraía la espera hablando en grupos reducidos mientras llegaba la hora en que Torio manifestase estar listo.

Unas voces exhaltadas le llamaron la atención. En el pasillo superior había también gente y por las voces reconoció a Dicas y Kestar.

- ¡...te vas a convertir en un simple jardinero!.

- ¿Y qué tiene de malo?. La bioquímica de las plantas es un campo que no se ha estudiado apenas, hay mucho que investigar y mucho trabajo que hacer aquí.

- ¿Trabajo?. Trabajo es lo que tienes en la Tierra, investigación sobre procesos bioquímicos para resolver misterios del funcionamiento del cuerpo, sobre reacciones enzimáticas que pueden facilitar la criogenización de las células, sobre la genética de algunas bacterias cuya antiprogramación aún no ha sido totalmente resuelta...

- ¿A costa de qué?. Kestar, estoy tan asombrado como tú por todo lo que hemos descubierto pero Karel tiene razón. Y tú deberías darte cuenta. ¿Es que no recuerdas lo que hacíamos?.

- ¡Investigábamos!. ¡Aprendíamos!. Descubríamos cosas que era necesario descubrir. Si te quedas con Karel no podrás completar el trabajo que llevas años realizando. Lo habrás tirado a la basura.

- Tal vez sea mejor así.

- ¿Qué?. ¿Cómo puedes decir eso?.

- Nunca antes me había preguntado para qué investigábamos la criogenización. ¿Lo sabes tú?.

- Porque era la Voluntad de Kander. ¿También has olvidado lo que eso significa?.

- No, pero me pregunto...

Un estridente silbido interrumpió todas las conversaciones y Karel lamentó que se produjese en ese momento pero al menos se alegró de saber que Dicas pensaba quedarse con ellos.

Volviéndose hacia Torio, vio que éste se acercaba con una consola en la mano.

- Karel, puedes dar la orden a Ticher cuando quieras.

- No. El mérito es tuyo. Da tú la orden.

Por un momento, Torio vaciló. Después abrió la consola y dijo sólo una palabra.

- Adelante.

Tras unos segundos oyeron un bajo rumor, el sonido de la maquinaria poniéndose en funcionamiento. Los travesaños de las escaleras que había ante ellos empezaron a moverse, unos hacia arriba y otros hacia abajo. Iban despacio, lo suficiente para poder agarrarse a ellos pero mucho más rápido que si estuviesen trepando. Era la segunda máquina de los Antepasados que conseguían hacer funcionar después de las bombas de suministro de agua pero no sería la última.

- Karel, ¿quieres subir?.

Se acercó hasta unos centímetros de un leve escalón de donde surgían los travesaños y, con cuidado, puso los pies sobre uno de ellos. Se agarró con rapidez a otro travesaño que había ante su vista y en unos segundos había ascendido varios metros.

“No es difícil. En cuanto lo haga unas cuantas veces podré hacerlo con soltura.”

En la escasa gravedad, Karel recordó que allí pesaba la mitad que en el ecuador, no costaba apenas esfuerzo mantenerse firmemente agarrado a los escalones así que, tras comprobar que no había peligro de caer miró hacia abajo.

A unos cinco metros de distancia iba Torio que estaba ascendiendo para llegar a su altura, más atrás vio más hombres hasta que la curvatura del pasillo le impidió seguir viendo la escalera. Conforme ascendía su peso era cada vez menor.

- Como verás, - dijo Torio al llegar a su altura y ponerse a su lado - la velocidad de subida es de unos cuatro kilómetros por hora pero los motores se pueden graduar para adquirir hasta quince kilómetros por hora. Conforme los hombres vayan adquiriendo práctica en subir y apearse podríamos aumentar la velocidad hasta llegar a la máxima posible sin aumentar el riesgo de accidentes. Con todo y con eso, el tiempo para ascender desde el apeadero hasta la torre, o viceversa, se ha reducido a menos de cinco minutos en lugar de los casi quince que tardábamos antes.

» Ya casi estamos llegando a la torre y no sentimos apenas la fuerza centrífuga de la estación. Lo único que se nota en este momento es la fuerza de Coriolis conforme perdemos velocidad radial pero como la escalera está ligeramente inclinada hacia la izquierda, el componente vectorial de dicha fuerza se sigue confundiendo con aquella.

» Ahora te recomendaría que, cuando la escalera llegue a su fin, te des la vuelta y te agarres al cable que hay encima de la escalera. Y luego será mejor que te apartes rápido a un lado, porque me parece que todos los demás se han subido también a la escalera. Espero que quepamos todos en el vestíbulo.

Por encima de ellos apareció por fin el final del pasillo. A pesar de lo que Torio le había dicho, Karel dejó pasar el pico de loro que pasó sobre él y esperó hasta que la lámina transparente que cubría los travesaños le impidiese seguir agarrándolos. Se dio la vuelta entonces y se agarró al cable para frenar, aunque pudo comprobar que, si no se llega a agarrar al cable, hubiera seguido flotando en línea recta hasta pasar por el pasillo que había enfrente.

Torio había frenado unos metros antes pero ya se había soltado para apartarse de la trayectoria de los hombres que venían detrás. Él hizo lo mismo y se encontró flotando en el vestíbulo en medio del alboroto de los hombres que, no habiendo sido avisados, empezaron a chocar entre sí.

- ¡ Eh, cuidado !.

- ¡Apartaos!.

Poco a poco fue cayendo hacia una de las paredes del vestíbulo, aquella de la que salían los tres pasillos que iban al interior de la estación. Controló la caída para saltar de rebote hacia un lugar donde se pudiese agarrar y, al ver el caos que se había formado en apenas un minuto, estalló en una estruendosa carcajada.

Al menos veinte hombres estaban flotando en medio del vestíbulo y otros tantos se habían colado por el pasillo que daba a la torre. Algunos ascendían por el cable para regresar al vestíbulo y chocaban con los que aún estaban subiendo por la escalera. La velocidad a la que llegaban no era excesiva y no había riesgo de que nadie resultara dañado pero los choques y tropezones se sucedían en medio de un maremagnum de brazos y piernas que se movían en todas direcciones intentando asirse a cualquier sitio.

Vio a Choral pasar por su lado pero aunque estiró el brazo con rapidez no pudo alcanzarle. No importaba, Choral se agarró a la pierna de Lodren que estaba braceando inútilmente por agarrarse a cualquier sitio. Lodren puso cara de espanto cuando vio que estaba girando hasta que Choral le soltó a tiempo para desviarse hacia la pared en la que se encontraba Karel.

- ¡Uff! - exclamó al llegar a su lado - Vaya la que se ha organizado.

Cuando todos los hombres, incluido Lodren, estuvieron por fin agarrados a algún sitio estable y dejaron de flotar a la deriva, Torio volvió a hablar.

- No sé cuál será la velocidad óptima de la escalera pero si podemos hacerla funcionar a nueve kilómetros por hora, el tiempo necesario para llegar desde el apeadero hasta aquí será sólo de dos minutos: diez veces menos de lo que hemos tardado hasta ahora. Ahora bien, en llegar desde el refugio hasta el apeadero tardamos unos veinte minutos andando. No es un tiempo excesivo, pero si consiguiésemos que volvieran a funcionar las escaleras mecánicas desde el río al apeadero ahorraríamos más de diez minutos de tiempo. He examinado el mecanismo que controla el funcionamiento de las escaleras mecánicas y es más complicado y requiere bastante más energía pero pienso que en dos o tres días podríamos conseguir que volviesen a funcionar.

- No lo creo necesario de momento. Como bien has dicho el camino desde el río al apeadero es un paseo relajante que no llega a cansar a nadie. Además, ya hemos terminado el hangar y tenemos que dedicar todos los esfuerzos a construir la lanzadera y para eso harán falta todos los hombres.

- Bien, supongo que podremos hacerlo cuando terminemos de construir...

Torio se detuvo pero no sin que antes Karel se diera cuenta de lo que estuvo a punto de decir.

- Es decir, supongo que eso será lo que hagamos dentro de varios meses cuando volvamos a la estación y... y vosotros os halláis ido.

Las últimas palabras las dijo tan bajo que Karel y Choral apenas pudieron oírle.

- No obstante, - prosiguió - aún nos queda recorrer novecientos metros desde aquí hasta el hangar. En pocos días hemos conseguido una cierta soltura y podemos trepar por los cables a unos cinco kilómetros por hora, lo que supone algo más de diez minutos, pero sigue siendo un recorrido incómodo, sobre todo si tenemos que llevar carga. Así que he pensado que si conseguimos hacer funcionar los cables a diez km/h ¡y además seguimos trepando por ellos podremos alcanzar fácilmente más de quince km/h! ¡Menos de cuatro minutos!

Sin esperar respuesta de Karel, Torio abrió la consola de su brazo.

- Poster: Adelante.

Los hombres que se hallaban agarrados a alguno de los varios cables que atravesaban el vestíbulo se saltaron al notar cómo éstos empezaban a moverse. Algunos quedaron flotando en medio de la sala pero fueron cayendo lentamente hacia la pared donde se encontraba Karel. Las secciones de colores que había en los cables empezaron a moverse con lentitud y poco a poco fueron acelerando.

- Karel, si no te importa, me gustaría que te agarraras al cable que va hacia la torre. Sólo va a cuatro km/h pero conforme vayamos adquiriendo práctica lo haremos ir cada vez más rápido. Sólo tienes que fijarte en las desviaciones. Esto lo digo para todos los que vayan a subir hasta los hangares. Cuando veáis que un cable está a punto de terminar siempre habrá, unos diez metros antes, una barra circular giratoria que os permitirá cambiar de dirección para agarraros a un nuevo cable. Estad pendientes pero si falláis una desviación tampoco hay motivo de alarma. Por el diseño de las barras y rampas que se cruzan con los cables es prácticamente imposible hacerse daño en ninguna parte del recorrido.

Karel estaba sorprendido. Aunque Torio le había informado de que había conseguido hacer funcionar las escaleras, no le había dicho nada de los cables. Nunca le habían gustado las sorpresas pero ésta, desde luego, era una sorpresa muy agradable.

Saltó con suavidad los diez metros que le separaban del cable que le había indicado Torio. Era el mismo al que se había agarrado para frenar y del que tuvo que separarse con rapidez para apartarse de la avalancha de hombres que se le venían encima. Se agarró y apenas sintió más que un leve tirón que lo impulsó hacia una de las habitaciones que había bajo la torre.

Tal como Torio le había dicho, el cable se introducía por un orificio al fondo, pero unos metros antes había una barra circular que en su punto más cercano llegaba hasta un metro del cable. Hizo el cambio sin dificultad y trazó una suave curva que le condujo hasta un metro de distancia del cable que ascendía hacia la torre. De nuevo hizo el cambio y unos segundos después penetraba en la torre, ascendiendo con lentitud. Torio iba tras él y, unos metros más abajo iban más hombres aunque se dio cuenta de que en la base de la torre algunos hombres no habían realizado correctamente el cambio de cables y se encontraban flotando a la deriva.

Karel se soltó del cable y siguió desplazándose a la misma velocidad que éste aunque el aire le frenaba un poco. Volvió a agarrarse y probó a trepar como había hecho siempre. La única diferencia que notó era que el aire le acariciaba el rostro con más velocidad que antes, pero no le costaba más trabajo ascender y sin embargo notaba que iba mucho más rápido. Al mirar hacia arriba empezó a ver barras circulares situadas de trecho en trecho. Todas estaban más o menos por el mismo cuadrante de la torre para dejar los otros tres libres de obstáculos, todas pasaban a

un metro de distancia del cable, por lo que sería sumamente fácil agarrarse a cualquiera, y todas conducían a diversos pasillos, cada uno de los cuales comunicaría con una de las fábricas que había alrededor de la torre. A unos tres metros de distancia bajaba el otro cable, en paralelo, en dirección a la estación.

Aunque iban despacio, el tiempo se le hizo corto hasta que llegaron al extremo de la torre. Se agarró a la última barra que le dirigió en una suave curva hasta el pasillo del hangar pero se detuvo antes de entrar en él y observó a los hombres que llegaban. Éstos venían a distancias irregulares pues algunos habían trepado por el cable en movimiento mientras que otros no.

Torio fue el primero en llegar a su lado. Draken, Choral y casi todo el grupo de los que jugaban a balón-mano llegaron a continuación. Los demás iban cada vez más espaciados y algunos de ellos erraron al intentar cogerse a la barra por la que ellos habían descendido y fueron a chocar con una superficie que los desvió sin brusquedad para apartarlos de los cables.

Cuando todos llegaron al extremo, Karel esperó unos minutos a que se calmaran y dijo procurando que todos lo oyesen.

- Torio, te felicito. Esto nos ahorrará bastante tiempo en los desplazamientos al hangar y hará que todos regresemos con más comodidad a nuestras casas cuando terminemos el trabajo. Creo que hablo por todos al decir que te estamos agradecidos.

Torio se ruborizó ante la alabanza que fue secundada por los murmullos de todos los hombres que allí se encontraban. Por un momento se sintió halagado. Estaba orgulloso de lo que había hecho y satisfecho de haber sido útil a los demás.

Esperó algo más pero no llegaba. Un minuto después la satisfacción que sentía desapareció y fue sustituida por un sentimiento de culpa que le impidió seguir disfrutando del jolgorio general.

* * * * *

Torio no podía dormir. Tras varias horas intentándolo sin conseguirlo había decidido salir a pasear por la orilla del río. Después de dar una vuelta completa a la estación, en lo que empleó poco más de una hora, cruzó la ciudad y caminó lentamente por un sendero que cruzaba el bosque. La brisa agitaba las ramas secas de los árboles produciendo un sonido que le provocaba escalofríos. De vez en cuando oía alguna rama romperse y caer. Llegó a un claro del bosque desde el que podía ver, como un valle extendido ante él, la ciudad que dormía.

Había dejado encendida la luz de su casa.

Encogiéndose de hombros empezó a recoger ramas del suelo amontonándolas en medio del claro. Acercó varias piedras disponiéndolas en círculo y dentro formó un montículo con las ramas más finas cubierto de otro de ramas más gruesas. Dejó a mano varios troncos y limpió la zona alrededor eliminando las ramillas que hubiese. Por último cogió la linterna y, cerrando el foco al mínimo, apretó el botón que convertiría la inofensiva luz en un rayo láser. Unas minúsculas llamas empezaron a lamer las secas ramas propagándose de una a otra hasta acariciar las ramas más gruesas.

Al ver que el fuego empezaba a agarrarse a éstas, apartó una piedra para que entrase la brisa y las llamas se extendieron con rapidez.

Un minuto después empezó a echar troncos y, cuando éstos también agarraron, volvió a colocar la piedra en su lugar.

Resguardada del aire la base de la hoguera, las llamas apenas ascendían manteniendo unos abrasadores rescoldos que conservarían su calor durante varias horas.

La luz de la hoguera iluminaba el claro haciéndolo destacar y sumiendo en la oscuridad el resto del paisaje.

Y por un brevísimo instante un nuevo resplandor pareció iluminar la estación, el brillo de la hoguera reflejado en una lágrima que cayó de las mejillas de Torio.

* * * * *

- ¿Es que no puedes hacer nada bien?.

- ¡Yo no tengo la culpa!. Lodren me dijo que había que soldar esas placas y es lo que he hecho.

- ¡Pero primero había que bañarlas en ácido pentagialténico para activar los biocircuitos lógicos!. ¿Cómo vamos a darles el baño ahora?.

Tador bajó la vista avergonzado y a punto de romper en llanto. Todos se habían vuelto ante las voces de Torio y contemplaban asombrados la escena.

Llevándose las manos a la cabeza, Torio se dio media vuelta alejándose de Tador.

- ¡Ticher!. Ven conmigo. A ver si podemos arreglar este estropicio.

Se alejaron hacia la puerta de la nave bajo la mirada disgustada de Karel. Éste había notado que en los últimos días Torio se exasperaba con facilidad y más de una vez había tenido que hacer un esfuerzo para no amonestarle delante de sus hombres. Era lógico que alguien cometiese un error de vez en cuando, era algo con lo que había que contar y para eso estaban los exhaustivos controles de calidad a que sometían todos los componentes. Ciertamente allí tenían que ser sumamente cuidadosos pues ya Dicas había avisado que había una tremenda escasez de ciertos elementos necesarios para sintetizar algunas neuroenzimas, pero eso no justificaba la forma en que Torio había amonestado a Tador.

El caso es que no era Torio el único que parecía irritado, algo parecía cernirse sobre ellos y Karel aún no estaba seguro de qué era lo que estaba pasando pero sí se daba cuenta de que, fuera lo que fuese, les estaba afectando a todos.

Choral y Poster se habían acercado a Tador para intentar consolarle y Lodren había hecho volver a los demás al trabajo. Karel volvió al diseño que tenía en pantalla. Acababa de transmitir los datos al brazo robot y estaba ejecutando una simulación para ver el resultado antes de proceder a trabajar con planchas metálicas reales. Satisfecho del resultado, conectó el alimentador de láminas y lo puso bajo el control del robot. Transmitió la orden de inicio y

una lámina se deslizó hasta posarse sobre unas guías. El brazo robot descendió y disparó un rayo desintegrador que fue dibujando el primer diseño previamente programado. En primer lugar se grabó el número y la descripción de la pieza, junto con un dibujo de la situación física donde se había de ensamblar. A continuación se perforaron varios agujeros, unos rectangulares, otros circulares, y al lado de cada uno, en letras más pequeñas, el número de la pieza que se había de ensamblar. Por último se perforó el perfil y la pieza, separada ya de la plancha de la que había nacido, se elevó para deslizarse hacia una bandeja lateral.

Los trozos restantes fueron recortados en rectángulos de unos centímetros de largo para dirigirse por una cinta continua hacia un recipiente donde se almacenarían. Cuando el recipiente estuviese lleno de recortes, éstos serían echados en un caldero para fabricar más planchas.

Karel detuvo el brazo robot y tomó la primera plancha que había surgido de sus entrañas. Los bordes habían quedado perfectamente biselados para evitar cortes, cada perforación tenía grabado al lado el código y la descripción de la pieza que tenía que encajar en él y en la parte superior izquierda un rectángulo identificaba la pieza en sí, así como un esquema de la posición que debía ocupar dentro de la maquinaria del motor de la lanzadera.

Volvió a dejar la plancha en su sitio e hizo que el robot continuase su trabajo fabricando, una tras otra, todas las láminas que Lodren había diseñado.

- Ober, controla el funcionamiento de la laminadora y avísame si hay algún problema.

- Sí, Karel.

Se alejó hacia Lodren que, con Dicas, estaba en la sección de baterías. Esta sección casi siempre olía bastante mal por lo que antes de entrar se colocó una mascarilla que le protegiese en parte del olor.

- Lodren, ¿cómo va todo?.

- ¿Cómo quieres que vaya?. Mal. Llevamos atraso en varias etapas y encima hemos tenido que desmontar dos baterías que estaban mal montadas.

- Las baterías no estaban mal montadas pero ya te dije que no tenemos suficiente flúor para fabricar enzimas restrictoras y es lo que hace que las nuevas baterías se agoten con tanta facilidad.

- ¿Facilidad?. Las últimas baterías que cargaste se agotaron en menos de diez días. Sólo sé que nos queda energía para menos de un mes y si no resuelves pronto ese problema...

- Bueno, Lodren, está bien. -interrumpió Karel- ¿Qué demonios te pasa?.

- Pues me pasa que muchos de mis hombres no prestan la debida atención en el trabajo, que cometen descuidos estúpidos y que encima se irritan si les llamo la atención.

- Yo no estoy irritado. -replicó Dicas- sólo te he dicho que estoy haciendo todo lo posible con los escasos medios de los que disponemos pero tú no pareces enterarte...

- No lo entiendo, Dicas. - intervino Karel - ¿Dices que no hay suficiente flúor?. ¿Le has preguntado al ordenador?.

- No ha hecho falta, en todo el material que rescataste de la nave sólo había un contenedor de elementos básicos y en él sólo había unas pocas cápsulas de flúor que ya están casi agotadas.

- Dicas, Diren encontró varios depósitos de compuestos fluorados en las depuradoras de agua. Están inventariados en el ordenador. ¿No le has preguntado?.

- Pues... no. - contestó Dicas, azorado - No sabía que...

- Es que tu obligación no es saberlo, - interrumpió Lodren - sino pedir lo que necesites al ordenador y él te dirá lo que hay y dónde hay, si es que ha sido inventariado. Esto es lo que pasa cuando no se hacen las cosas como es debido, si no tenías flúor suficiente tenías que haberle preguntado al ordenador y no estaríamos como estamos en estos momentos.

- Bueno, Lodren, cálmate.

- ¿Calmarme?, ¿Cómo quieres que me calme si estamos perdiendo el tiempo en tonterías cuando deberíamos estar mucho más adelantados en la construcción de...?

- ¡Lodren!. ¿Te estás viendo?.

- ¿Qué quieres decir?.

- ¿Cómo es que estás tan irritado?.

- Yo no estoy irritado, pero me gustaría que las cosas se hicieran bien. Aunque fuera por una sola vez en la vida.

- Basta, Lodren. Llama a Diren y Torio: tendremos una reunión dentro de media hora. Que todo el mundo termine el trabajo que tenga entre manos y se vaya a descansar.

- ¿Estás loco?. Si no hubiera nada que hacer, pase. Pero estando en la fase de ensamblado y quedando aún cinco horas de...

- ¡Es una orden, Lodren!. ¿Me has entendido?.

- ¡Sí, maldita sea!. ¡Te he entendido!. Tooper, Kestar, ...todos. Dejad lo que estéis haciendo en este momento y largaos. ¡Se acabó el trabajo por hoy!

Karel apretó los puños a sus costados y contuvo la respiración mientras recitaba los Mandamientos Kander.

* * * * *

- Parece que en estos veinte días de trabajo hemos avanzado bastante. El casco de la lanzadera está casi terminado y estamos iniciando la fabricación de los componentes internos. Nos encontramos con problemas y los vamos resolviendo según se presentan. Entonces ¿qué es lo que está pasando?.

Diren los miró a todos extrañado. Le había sorprendido que se convocase una reunión con tanta urgencia que hubiera tenido que dejar a la mitad su trabajo en el hangar. Aún más le sorprendía la actitud de Lodren y Torio. Ambos estaban inmersos en un absoluto mutismo, ni siquiera le habían saludado cuando entró en el salón de la casa de Karel.

- ¿Qué quieres decir, Karel?

- Aquí, estos dos jefes de equipo están siempre de mal humor, regañando a sus hombres por motivos nimios y demostrando un mal genio impropio de su grado.

- No son motivos nimios, Karel. -replicó Lodren- Estamos construyendo, o intentándolo al menos, una lanzadera para que regresen a la Tierra los hombres que lo deseen. Cualquier detalle, por nimio que te pueda parecer a tí, puede provocar la muerte de todos ellos así que no hay “detalles nimios”. En cuanto a mi genio, es el mismo de siempre. Me molesta la incompetencia, y desde que me asignaste la mitad del equipo de Pacto esa incompetencia ha llegado a extremos tales que no puedo confiar nada a mis hombres sin tener que supervisarlos yo. Eso es lo que está pasando.

- ¿Quieres decir que los hombres de Pacto eran incompetentes?. Pacto ha dirigido su equipo durante muchos años y nunca me ha dado esa sensación. Al contrario, era capaz de dirigirlos sin necesidad de andar dando voces como haces tú siempre.

- ¡Así le iba!. En los últimos años bajó su productividad. Recuerda que estaba previsto que trajésemos cuatro lanzaderas y él no fue capaz de terminar más que dos. No sé cómo se las apañaba porque desde luego sus hombres son unos incompetentes y lo malo es que están contagiando a los míos.

- ¿Opinas tú igual, Torio?

- Sí, Karel. Desde que me asignaste varios hombres de Pacto he tenido que aumentar la supervisión de todos los trabajos. La verdad es que he llegado a estar tan harto que... Bueno, ya lo has visto hoy.

- ¿Y tú, Diren?

- ¡Por supuesto que no!. Sólo me has asignado siete hombres de Pacto pero son tan competentes como el que más y me resulta difícil creer que por pura casualidad me hayan tocado a mí los mejores. No me lo creo.

- Entonces ¿cómo te explicas lo que les pasa a Torio y Lodren?

- No me lo explico. Quizás están manejando más hombres de los que son capaces.

- ¡Ja!. -exclamó Lodren- En la Tierra he llegado a dirigir más de trescientos hombres y nunca había tenido tantos problemas como tengo aquí con treinta.

- Diren, ¿cómo manejas tú a tus hombres?

- Como siempre, Karel. Les doy órdenes. Espero que obedezcan. Recibo sus informes. Aunque nunca había sido jefe de equipo hasta ahora, sí que he dirigido a pequeños grupos de manera provisional cuando ha hecho falta y nunca he tenido ningún problema como el que mencionáis.

- ¿Y no cometen errores?

- Pues claro que sí. Por la tarde, cuando llevamos más de diez horas de trabajo, empiezan a reducir su rendimiento por eso les encargo los trabajos más importantes por la mañana y dejo para la tarde las tareas menos cansadas y en las que un error o una distracción no implique problemas graves.

- ¿Cómo?. - preguntó Lodren.

- ¿Qué quieres decir con que disminuye su rendimiento?

- Bueno, es lógico. Casi todos los días trabajamos unas doce o quince horas. Llega un momento en que estás tan agotado que no puedes prestar atención a los detalles, cometes errores, tienes menos ganas de hacer las cosas...

- Un momento, que yo me entere. - interrumpió Lodren - Siempre que ha sido necesario hemos trabajado entre doce y quince horas diarias y nunca he visto que disminuya el rendimiento de los hombres. ¿No estarás equivocado?

- No lo sé, Lodren. Lo único que sé es que desde hace años organizo mis tareas de esa forma y me ha dado buen resultado. Cuando he tenido hombres a mi cargo he actuado de la misma forma.

- ¿Desde cuando?. - preguntó Karel.

- Desde que me has puesto al mando de los trabajos del hangar.

- No. Quiero decir, ¿desde cuándo organizas tu trabajo de esa forma?

A Diren le pareció una pregunta estúpida. La verdad es que había olvidado cuándo empezó a hacerlo así, pero al ver la cara de Karel se dió cuenta de que para él era importante conocer la respuesta. Diren intentó recordarlo. Eran más de cinco años, desde luego. ¿Diez?. De repente abrió los ojos con sorpresa.

Al ver el gesto de sorpresa de Diren, Karel estalló en una carcajada que sorprendió a Lodren y Torio.

- Bueno, ¿cuál es el chiste?.

Karel ignoró la pregunta de Lodren.

- ¿Lo entiendes, Diren?

- No estoy seguro. Creo...

- Deja que lo explique yo, y luego dime si me equivoco. Hace doce años descubriste que podías ocultar tus emociones a los kander. Al principio lo harías inconscientemente, y no siempre, pero después te esforzaste en pasar desapercibido. Bueno, pues lo conseguiste. Digamos que te volviste invisible para los kander.

» Algún tiempo más tarde notaste que bajaba tu rendimiento en el trabajo. Cuando llevabas diez horas trabajando te distraías, perdías la capacidad de concentración, cometías errores.

» Eso te disgustaba y tú tenías que ocultar ese disgusto para que los kander no lo percibiesen, así que ensayaste diversas formas de soportar quince horas de trabajo sin que tus emociones te traicionaran. Al final encontraste el sistema que has seguido hasta hoy sin acordarte siquiera de por qué estableciste ese sistema.

» ¿Fue así como ocurrió?

- Sí, pero nunca...

- ¡Pero, bueno!. ¿Queréis decirnos de una vez de lo que estáis hablando?.

- Es evidente, Lodren. Trabajamos demasiado. Ningún hombre puede soportar quince horas de trabajo seguidas durante veinte días consecutivos. Por eso todos estamos cansados, agotados, cometemos errores y nos irritamos con tanta facilidad.

- Pero en la Tierra siempre...

Lodren se detuvo, comprendiendo por fin.

- En la Tierra - explicó Karel - estábamos controlados por los kander. Podíamos trabajar durante quince o más horas. Durante veinte o cuarenta días seguidos. Cuando nos sentíamos cansados, los kander nos animaban. Cuando no teníamos ganas de seguir, los kander hacían que las tuviéramos. Cuando nos irritábamos, los kander nos tranquilizaban.

- Y ahora que no está Kander...

- Exacto. Ahora que no está Kander no podemos soportar ese ritmo de trabajo sin pagar las consecuencias. Tendremos que reorganizar nuestro sistema de trabajo, no sé, hacer turnos de descanso...

- Ni hablar. En este momento ya vamos con atraso, si reducimos las horas de trabajo podemos llegar a tardar el doble de lo previsto.

- No necesariamente. - dijo Diren - Lodren, no deberías confundir cantidad con calidad. Seguro que en este momento gastas casi una cuarta parte de tu tiempo en corregir errores y supervisar el trabajo de tus hombres.

- Más. Bastante más.

- Estoy seguro de si reducimos la jornada laboral, los hombres lo agradecerán. Se distraerán menos, cometerán menos errores y en general aumentará la productividad.

- Eso son fantasías. No veo cómo trabajando menos horas vamos a...

Karel dejó de prestar atención a la conversación al fijarse en Torio. Desde hacía unos minutos no había dicho nada y se dio cuenta de que estaba pálido.

- Torio, ¿te encuentras bien?.

Torio hizo un esfuerzo por volver a la realidad. Durante el último minuto había estado apretando los brazos del sillón en que se sentaba y tuvo que ordenar a sus dedos que se relajaran. Consiguió ponerse en pie pero aunque aún era de día no conseguía ver con claridad el camino hacia la puerta. Alzó las manos para limpiarse los ojos y se sorprendió al notar que tenía las mejillas mojadas.

- ¿Torio?.

- Es mentira.

Comenzó a caminar hacia la puerta pero se detuvo al chocar con el borde de la mesa. Volvió a limpiarse los ojos.

- Torio, espera, no te vayas.

Sin hacer caso a Karel, Torio reemprendió el camino hacia la puerta deteniéndose sólo al ver una sombra en su camino.

- Torio, por favor, espera.

- Es mentira. ¡Es mentira! ¡¡¡ES MENTIRA!!!

Karel no se apartó cuando Torio alzó los puños y comenzó a darle golpes en el pecho. Aguantó hasta que los golpes comenzaron a debilitarse y después estrechó a Torio en un protector abrazo. Hizo una señal a Lodren y Diren para que se fueran y Lodren estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo ante un brusco gesto de Diren. En silencio salieron de la habitación dejando a Torio sollozando débilmente en brazos de Karel.

* * * * *

Torio tomó el vaso de las manos de Karel y lo apuró de un solo trago. Karel lo recogió y trajo otro de la cocina pero éste lo mantuvo en las manos sin probarlo.

No recordaba haber visto salir a Diren ni Lodren. Un rato después llegó Choral pero se fue enseguida ante un gesto de Karel. Desde entonces no había dicho nada, había permanecido en silencio, encogido en el sofá y sollozando. Sólo en los últimos minutos había sido capaz de incorporarse.

Karel había estado allí todo el tiempo, abrazándole cuando estaba más dolido, consolándole en silencio, atento a sus movimientos.

¿Cómo había sabido que tenía sed?.

Y aún estaba allí, sin hacer el menor ruido, como si supiese que necesitaba silencio. Silencio y tiempo. Tiempo para pensar, para decidir, para recordar.

- No lo sentí.

- ¿Que es lo que no sentiste?.

Torio tomó un sorbo de agua antes de responder.

- Hace años, yo estaba en el equipo de Pactor. Fabricábamos todo tipo de herramientas, desintegradores, linternas, ordenadores, vehículos de todo tipo. Una vez, Pactor vino con un nuevo proyecto, los aerodeslizadores. Todos estábamos entusiasmados, si conseguíamos fabricarlos tendríamos un vehículo capaz de desplazarse a altas velocidades por cualquier tipo de terreno sin llegar a tocarlo. Durante semanas, Pactor y Lodren se reunían durante horas todos los días para resolver el problema, diseñar motores, buscar soluciones.

» Era un problema difícil. Las cuñas gravitacionales sólo afectan a las masas que hay dentro del campo que generan, pero el tamaño de un campo que englobase todo el vehículo requeriría una cuña no demasiado grande pero sí con un gran consumo de energía. Trabajamos en la miniaturización de los componentes, todos los días hacíamos experimentos para intentar reducir el tamaño de las baterías. Incluso se redujo el tamaño del campo para que no englobase a todo el aerodeslizador, sino sólo a unas esferas metálicas incrustadas en el chasis y que soportarían al resto del vehículo.

» Llegamos al límite. A pesar de todos nuestros esfuerzos no conseguimos baterías que tuviesen un tamaño más o menos portable y con la suficiente potencia para alimentar las cuñas durante más que unos pocos minutos.

Torio volvió a tomar otro trago de agua.

- No sé a quién se le ocurrió la solución, creo que fue a Lodren. Al fin y al cabo no teníamos que elevarnos a mucha altura así que, ¿porqué no utilizar campos electromagnéticos?. Éstos no servirían de nada mientras el vehículo estuviese detenido, pero una vez superada una velocidad crítica podrían activarse y desconectar las cuñas gravitacionales. Y al frenar se desactivarían para volver a conectar aquellas.

» Así, en un recorrido de media hora, las cuñas sólo llegarían a estar encendidas durante unos segundos al principio y al final, el resto del tiempo nos desplazaríamos con campos electromagnéticos que consumen mucha menos energía.

» Nos pusimos manos a la obra y en tres semanas tuvimos listo el primer prototipo.

» Hubo problemas aerodinámicos, a altas velocidades se perdía estabilidad así que se tuvieron que añadir giroscopios.

» No sé si sabes como funciona un giróscopo, es una masa metálica en forma de esfera, cilindro o rueda atravesada por un eje. Se hace girar esa masa a alta velocidad, mil revoluciones por segundo, por ejemplo. Entonces el eje permanece fijo, hace falta mucha fuerza para inclinarlo. Teóricamente, si el giroscopio está montado en una mesa con tres patas, podemos quitar una pata y la mesa no se inclinará. Podemos quitar la segunda y aunque la mesa sólo tenga una pata, aunque esté en un equilibrio imposible, no se inclinará. Al quitar la tercera pata, la mesa caerá al suelo, pero ni aún así llegará a inclinarse hacia ningún lado.

» Se me ocurrió una idea. ¿Qué ocurriría si la masa metálica estuviese magnetizada?. En lugar de acelerarla mecánicamente podríamos acelerarla mediante campos magnéticos, no harían falta los engranajes que utilizábamos en aquella época para transferirles la velocidad. Durante varios días estuve haciendo cálculos hasta convencerme de que podría funcionar. Me costaba creerlo pero de mis cálculos se deducía que con mucha menos energía se podrían conseguir velocidades de giro cien y hasta mil veces más elevadas.

» El ahorro energético era importante pero me pregunté que pasaría cuando ya no hiciese falta el giróscopo, cuando se apagasen los motores. La esfera seguiría girando, perdiendo velocidad lentamente hasta detenerse pero tardaría muchas horas en hacerlo, quizás varios días. ¿Y si fuese posible recuperar la energía cinética de la esfera conforme se detuviese?. Cuando me dí cuenta de lo que había pensado me sorprendí por las implicaciones. El aerodeslizador no tendría que llevar pesadas baterías que produjesen energía sino varios giróscopos que actuarían al mismo tiempo como estabilizadores y como acumuladores eléctricos. Por la noche, cuando no se usasen, se podrían acelerar los giróscopos hasta cientos de miles de revoluciones por segundo usando baterías normales, y por el día toda esa energía cinética acumulada podría reconvertirse casi sin pérdidas en energía eléctrica que alimentase a las cuñas y a las bobinas electromagnéticas.

» Desarrollé la idea durante dos días más antes de comunicársela a Pactor.

» Le entusiasmó.

» Trabajamos sin descanso, improvisábamos, reinventábamos cosas que no servían. Fueron dos semanas agotadoras que acabaron en un rotundo éxito.

Torio observó el vaso, de nuevo vacío, que tenía en las manos. Lo que había contado había servido para distraerle de lo que tenía que decir, y esto era tan doloroso que de nuevo sintió que las lágrimas volvían a sus ojos.

- ¿Nunca lo has sentido, Karel?. Cuando haces un trabajo bien hecho, ¿no has sentido el éxtasis, la satisfacción plena, la felicidad completa que te embarga haciendo que todo en el universo encaje en su sitio, llenándote de...?.

Torio se detuvo, incapaz de seguir. Se secó las lágrimas y permaneció en silencio observando un invisible horizonte.

Karel le cogió el vaso de las manos y fue a la cocina a rellenarlo.

Cuando volvió a sentarse frente a él, Torio parpadeó y salió de su ensañación.

- Volví a sentirlo varias veces, cada vez que terminaba un proyecto bien hecho. Ni el sexo, ni el amor, ni el estudio, ni los juegos, no hay nada que se pueda comparar a esa sensación.

» ¡Y yo intentaba provocarla!

» Cada vez que finalizaba un proyecto hacía lo posible por encontrar otro que pudiese interesar a Kander. Me tiraba días y días pensando y estudiando a la espera de que se me volviese a ocurrir otra idea que pudiera hacerme sentir de nuevo esa sensación. ¿No lo has hecho tú?.

» Sí, todos lo hemos hecho. Siempre intentando conseguir el premio, el éxtasis absoluto, la felicidad suprema.

» Quizás era eso lo que esperaba cuando conseguí que funcionaran las escaleras mecánicas. No lo sé. El caso es que cuando me felicistaste delante de todos los hombres me sentí orgulloso del éxito conseguido. Me sentí satisfecho, ¡lo había conseguido!.

» ...

» Pero no lo sentí.

Torio guardó silencio y Karel supo que había terminado. Comprendía la forma en que Torio debía sentirse porque también él había intentado muchas veces conseguir el premio y se dio cuenta de repente de que efectivamente era eso, un premio.

Un premio de los kander.

Cuando Lodren le explicó en cierta ocasión cómo se podían condicionar a algunos animales para que reaccionasen de una forma determinada a determinados estímulos, lo entendió pero pensó que eso no funcionaría con los hombres.

Ahora se daba cuenta de que sí funcionaría.

Había funcionado durante cuarenta y dos años.

Premio y castigo. Los kander premiaban las buenas acciones con alegría, placer, éxtasis. Y castigaban las malas con pena, remordimientos, miedo.

Condicionamiento.

- No creo que volvamos a sentirlo nunca. - dijo Karel.

Y se sorprendió al pensar que no lo echaría de menos.

Mientras Torio permanecía en silencio y se iba tranquilizando, Karel no pudo evitar recordar todo lo que habían pasado desde que llegaron a la estación. Habían sufrido la muerte de Kander, habían descubierto terribles verdades, habían sentido miedo de las sombras del pasado y terror de las del futuro. Y en todo momento habían actuado dirigidos por ese miedo.

Al perder a Kander perdían muchas cosas, Karel había decidido huir porque pensaba que regresar a la Tierra les llevaría a perder también la vida.

Perder, siempre perder.

(no sé qué será mejor)

Sí, ahora sí lo sabía.

- ¿Sabes, Torio?. Hace varios años amé con profunda pasión a un hombre. No sé si lo llegaste a conocer, era Tanis. Éramos muy distintos, pero al mismo tiempo muy parecidos. No nos gustaban las mismas cosas y nuestras opiniones casi nunca coincidían en nada. Varias veces nos separamos, cuando estábamos hartos de discutir, y a la semana siguiente volvíamos a estar juntos porque a pesar de todas nuestras diferencias, cuando estábamos juntos éramos felices. Podíamos hablar de muchos temas, discutir incluso, pero estar separados unas horas nos hacía sentir vacíos. Y sin embargo, siempre que tenía una oportunidad se apuntaba a cualquier viaje de estudios que se planease. Decía que lo hacía para tener el placer de reencontrarme a su vuelta pero yo no lo creía. En realidad pienso que le gustaban esos viajes de estudio a las ciudades de los Antepasados para aprender sobre ellos. Hubiera sido feliz aquí.

Torio permanecía cabizbajo sin decir una palabra. Prestaba atención a cada una de las palabras de Karel y le sorprendía lo que éste le estaba contando pues jamás le había oído una confidencia como ésa.

- Le amaba, - prosiguió Karel - y ese amor era un sentimiento que nacía de lo más íntimo de mi ser. Nadie me había obligado a amarle y yo no hubiera podido amar a otra persona estando él allí. Era un sentimiento puro, sin matices. Era un sentimiento mío. ¿Entiendes, Torio?.

» Hay sentimientos así, tú mismo lo has dicho. Cuando conseguiste que funcionaran las escaleras te sentiste orgulloso de ello, sentiste satisfacción. Esos eran sentimientos tuyos y nadie podrá quitártelos. Pero no sentiste el éxtasis que esperabas por que ese es el premio que los kander dan a quienes obedecen, es el lubricante que hace que las herramientas sigan funcionando.

» Los kander nos han controlado siempre a través de nuestras emociones, con placer y dolor, alegría y tristeza, esperanza y desesperación. En cada circunstancia nos aplicaban el tratamiento necesario para hacer que siguiéramos funcionando, para que no nos apartásemos de las reglas que ellos nos habían dado. Su control no era total, no pudieron vencer la repugnancia que Pacto sentía por las mujeres. Tampoco se dieron cuenta durante años de que Dira había conseguido ocultar sus sentimientos para engañarlos, para ser *libre* mucho antes de saber lo que significa esa palabra.

» ¿El éxtasis?. Sí, era bonito. Era la recompensa que nos daban los kander cuando terminábamos un proyecto, un placer tan inmenso que nos hacía correr como locos para hacer más y más cosas que pudieran beneficiar a los kander.

» Para que ellos nos volvieran a recompensar.

» Me pregunto...

» Torio, ¿cómo será vivir con tus propios sentimientos, sin que nadie te los altere, sin que nadie los utilice para controlarte?.

Torio no contestó aunque Karel se dio cuenta de que tampoco negó nada de lo que había dicho.

- No sé cómo será. Seguramente más difícil pero creo... Sí, estoy seguro de que aprenderemos, y cuando lo hagamos... podremos ser felices.

Dejó pasar unos minutos en silencio. Torio seguía pensando en todo lo que había dicho Karel y éste se dio cuenta de que había tomado una resolución.

- ¿Te quedarás con nosotros?.

- No, Karel. Nada ha cambiado. En los últimos días he pensado mucho en todo esto y no he llegado a ninguna conclusión. Eso es lo que me duele, que antes estaba convencido de tener razón y hoy tengo dudas. Si huyo con vosotros seguiré con esas dudas para siempre. No, debo averiguar la verdad y la única forma es regresar a la Tierra. Sólo te diré que a partir de ahora no pienso intentar convencer a nadie de que regrese conmigo, no creo que pudiera soportarlo si... si otros se equivocasen por mi culpa.

- ¿Te das cuenta de que si tenemos razón será tu muerte?.

- Sí, me doy cuenta, pero no puedo hacer otra cosa. Volveré a la Tierra porque es mi deber. Volveré a la Tierra porque debo estar seguro. De una cosa o de la otra. Y si eso supone mi muerte... En fin, al menos moriré sabiendo la verdad.

CAPITULO XXI

- ¿¡Qué!?

Karel miró a Lodren con asombro. Había esperado alguna reacción parecida pero ni mucho menos el grito que había pegado Lodren.

- ¿Sólo once hombres?. - volvió a repetir Lodren.

- Sí. Once hombres. - respondió Torio.

- Y Pactor. - añadió Kestar desafiante.

- ¿Quieres decir que sólo once hombres quieren bajar a la Tierra?. ¿No habeis podido convencer a nadie más?.

- Habéis hecho un buen trabajo asustando a los hombres. - dijo Kestar con rencor y mirando de soslayo a Torio - Muchos tienen miedo de que podáis tener razón y por eso no se han decidido. Pero no te alegres demasiado, no es que quieran huir contigo, lo que quieren es esperar y comprobar que Kander no nos mata. Entonces bajarán ellos en una segunda lanzadera.

- No. - intervino Karel - No se construirá otra lanzadera si la primera va casi vacía. Empezaremos de inmediato la fabricación de la nave y el que no quiera venir se quedará en la estación hasta que vengan los kander. Decídselo así a todos. La lanzadera partirá pasado mañana a las nueve. Los que quieran volver a la Tierra que vayan con vosotros. Los que se queden trabajarán en la nave. Después que decidan si quieren venir con nosotros o quedarse. En cuanto a Pactor, debo negarme a que lo llevéis con vosotros. Todos los que estamos aquí hemos tenido la posibilidad de elegir. Él no, así que me considero responsable de su seguridad y no me quedaría tranquilo enviándolo a lo que creo que sería su muerte segura.

Kestar salió con rapidez de la sala, seguido por Torio.

- Bueno, ¿qué te parece?. Sólo once hombres volverán a la Tierra.

- No te extrañe, Lodren. Como dijo Choral, la mayoría de los hombres son lo suficientemente inteligentes para darse cuenta de la verdad. Los que me preocupan, en realidad son los que han decidido quedarse pero aún no están seguros de querer venir con nosotros.

- ¡Bah!. Déjalos que se lleven la sorpresa. No creo que vayan a causar problemas.

- Eso espero. Sinceramente, eso espero.

* * * * *

La lanzadera partió a las cuatro de la madrugada. En ella viajaban Karel, Lodren, Draken pilotando y ocho hombres más que habían sido seleccionados por Karel tras muchas dudas.

Se dirigieron, no a la Tierra, sino en dirección a la Luna. Cuando los hombres empezaron a despertar en la estación, ya habían localizado con el radar su objetivo.

Extrañado por no haber visto a Karel en toda la mañana, Torio fue a preguntar a Lodren mientras éste era el segundo en abordar la nave que les había llevado a *Libertad*.

Corrió alarmado hacia la torre norte, deseando estar equivocado. No podía creer que Karel, que en ese momento estaba golpeando una abrazadera en la sala de motores de la nave, hubiera podido huir de la estación llevándose la lanzadera.

Ni siquiera cuando vio el hangar vacío donde había sido construida fue capaz de comprender lo que estaba pasando. Sólo sabía que le habían engañado.

- No te preocupes, - dijo Diren a su espalda - Karel volverá en unas cuantas horas sin hacer ningún daño a la lanzadera.

- ¿Dónde han ido?.

- A la nave en la que vinimos. Está en órbita alrededor de la Luna.

- Pero... ¿para qué han ido allí?.

- En los almacenes quedaron muchas piezas de material que aún podrían funcionar. Pensamos en aprovisionarnos de todo lo que pudiéramos.

- Pero... ¿por qué no han dicho nada?, ¿por qué lo habéis mantenido en secreto?.

- Karel pensó que si lo sabías podrías oponerte.

- No. ¡Qué tontería!. Pueden coger lo que quieran de la nave. ¿Por qué iba a importarnos?.

- Mañana volverás a la Tierra. Si conoces nuestros planes informarás de ellos a los kander. Por eso no queríamos que lo supieras.

- ¿Pensabais que no nos íbamos a dar cuenta?.

- Bueno. No sabemos mucho de mentiras. Nunca hemos tenido que mentir así que no sabíamos muy bien cómo hacerlo. No teníamos garantías de que no te enterarías pero decidimos probar. Podría haber salido bien.

- ¡Además de locos os habéis vuelto estúpidos!.

Torio se alejó flotando en dirección a la torre para volver a la esfera. Estaba furioso y no se dio cuenta de la sonrisa que fugazmente cruzó el rostro de Diren.

* * * * *

- Aquí, sujeta aquí.

Lodren pasó por encima del motor mientras Tilo sujetaba con firmeza para impedir que chocase con el casco.

- ¡Maldita rotación!. Tenía que haber pensado algo para detener el giro de la nave.
- Es tarde para pensar en eso ahora, Lodren. - dijo Karel - Tenemos que apañarnos con lo que tenemos.
- Con una serie de anclajes y cebos tractores consiguieron sacar el motor del casco.
- ¡Cuidado!. - exclamó Lodren - Ahí va. Draken, ¿puedes pescarlo?.
- Sí. Allá voy.
- Bien, Karel. La primera parte ya está hecha. Vamos por la segunda.
- Adelante.

Se dirigieron hacia los hangares donde encontraron a los restantes hombres trasladando unas cajas hacia el portón.

- ¿Cómo vais, Baltis?.
- Bien, Karel. Hemos terminado de colocar las últimas cajas junto a la puerta del hangar. Solo quedan las cuñas gravitacionales.

- Bien, seguid con ello. Nosotros nos vamos a la lanzadera. Os avisaremos cuando os vayamos a necesitar.
- Sí, Karel.
- Choral, estamos listos para saltar. Avísanos.
- Sí, Karel. Esperad. Dieciséis. Ocho. Cuatro. Tres. Dos. Uno. ¡Ahora!.

Los cuatro hombres desconectaron al mismo tiempo las botas magnéticas y la escasa fuerza centrífuga los dirigió directamente hacia la lanzadera. Con un gancho magnético se dirigieron hacia la panza de aquella, donde el motor iónico del destrozado pecio les esperaba.

- ¡Tope, maldita sea!. ¿Por qué no has abierto ya la compuerta del motor?.

* * * * *

- Hemos sido traicionados.
- Vamos, Kestar. No tienes por qué suponer eso. Recuerda que Diren está aquí, y él no se hubiera quedado si no estuviese convencido de que Karel va a volver. Además, ¿a dónde quieres que vayan con una simple lanzadera?. Aunque fuera capaz de llegar a la órbita de Marte, no llevan alimentos, ni siquiera oxígeno suficiente para una travesía tan larga. Karel volverá, sólo han ido a la nave en la que vinimos para recoger algunas herramientas y repuestos.

- Si están lo suficientemente locos como para volverse contra Kander, también pueden estarlo lo bastante como para intentar irse.

- Olvídalo. Diren afirma que Karel volverá antes de terminar el día y yo le creo.
- Quizás ese es el problema.
- ¿Qué quieres decir?.

- No lo sé, pero hay muchos hombres que esperaban algo más de ti de lo que has hecho. Hombres que se han vuelto atrás simplemente por que no has querido hablar.

- ¿Para qué iba a hablar?. Tú mismo te has encargado de decir todo lo que a mí se me hubiese ocurrido, y lo has hecho con mucha más vehemencia que yo.

- Pero a ti te habrían escuchado más que a mí.

- Si no eran capaces de reconocer la verdad puesta en tus labios, tampoco la hubieran reconocido en los míos.

Kestar observó a Torio alejarse hacia su casa. Sabía desde hacía días que algo no andaba bien, que cada vez eran más los indecisos que habían ido abandonando el proyecto de volver a la Tierra. Y sabía sin el menor género de dudas que la culpa era de Torio, del inesperado y sorprendente silencio que había guardado en las últimas semanas.

Kestar había sido testigo del proceso, al principio eran más de cincuenta los hombres dispuestos a regresar. Poco a poco hubieron algunas deserciones debidas más que nada al desconcierto ante el hecho de que tres de los jefes estuvieran a favor de huir de Kander, otro se hubiese convertido en un vegetal, y sólo Torio abogase por volver a la Tierra.

De repente Dicas desertó, y varios hombres más con él. Cuando Kestar se quiso dar cuenta, ya eran apenas treinta los decididos a regresar. Pensó que las cosas quedarían así definitivamente, pero cuando notó el repentino silencio de Torio, comprendió que algo no iba bien. No, nada bien.

Las cosas empezaron a cambiar. En un traidor intento de convencer a los hombres, Karel redujo la jornada laboral en varias horas diarias y estableció turnos de trabajo para que cada hombre descansara un día de cada ocho.

Los hombres se reunían para hablar alrededor de Torio de lo que harían cuando volviesen a la Tierra, soñando con futuros reencuentros, planeando nuevas metas.

Kestar observó las miradas esperanzadas, los largos silencios, el desconcierto...

Empezaron a irse, y Kestar vio cómo ocurría en cada caso pero no fue capaz de hacer nada para evitarlo.

Habló con Torio, o lo intentó en varias ocasiones, pero no consiguió una explicación de lo que estaba ocurriendo.

Con la mirada aún en la espalda de Torio, volvió a murmurar:

- Hemos sido traicionados.

* * * * *

"El secreto se les ha fastidiado." pensó Torio divertido. Estaba en el hangar del extremo de la torre norte. Al menos veinte hombres estaban contemplando con él por la ventana cómo se producía el atraque de la lanzadera.

A pesar de los intentos de Diren por apaciguar a los hombres, la alarma había cundido entre ellos cuando supieron que Karel los había abandonado y más de uno emitió un sonoro suspiro de alivio cuando Diren les informó que el radar había detectado la lanzadera en su camino de regreso.

Sin cerrar la compuerta exterior, para que nadie pudiese entrar, los hombres saltaron de la lanzadera y abriendo las compuertas de ésta empezaron a sacar el material que habían podido rescatar de la nave destruida.

- Está bien. - dijo Diren - Ya habéis visto que han vuelto como os dije. Ahora ya os podéis ir.

Los hombres comenzaron a alejarse. Torio permaneció en la ventana.

- Torio, por favor, tienes que irte.

- ¿Por qué?.

- Es una orden de Karel. Avisa a los que quieran ir contigo que estén preparados mañana a las nueve. El que no llegue a tiempo se quedará aquí.

Torio se fue alejando despacio mirando varias veces atrás por el camino. La última vez que miró vio a Diren entrar en el hangar saliendo dos hombres que se quedaron en la puerta.

"Están ocultando algo, lo sé. Pero ¿qué y por qué?."

Al agarrarse al cable que lo llevaría a la esfera, se dio cuenta de repente.

"¡Pues claro!. Las cuñas gravitacionales. Pero no pueden hacer nada sin impulsores. ¿Qué diablos habrá pensado Lodren?."

* * * * *

Torio estuvo pensando en ello durante casi toda la noche. Por más que pensaba no podía imaginar qué era lo que Karel se había propuesto hacer con lo que fuera que hubieran sacado de la nave. De hecho, desde que había comenzado la construcción de la lanzadera se estuvo preguntando siempre por qué no construían al mismo tiempo la nave para los que fueran a huir. Suponía que construirían ambas a la vez ya que era posible que después quedase demasiada poca gente para la más complicada construcción de la nave. Con el tiempo llegó a la conclusión de que Karel no quería empezarla hasta que Torio volviese a la Tierra. Y no entendía el motivo.

Las cuñas estaban destinadas en principio a aumentar la fuerza gravitatoria en las habitaciones de Kander pero si Karel había decidido huir de ellos, no creía que fueran a construirlas.

También se podrían usar para anular la fuerza gravitatoria en una zona del espacio, así era como funcionaban las cámaras de entrenamiento antigravitatorio allá en la Tierra, pero en el espacio no hacían falta para nada. Si Karel quisiera construir una cámara antigraavedad, sólo tenía que levantar cuatro paredes y un tejado sobre el hangar de la torre sur. De hecho, la misma esfera de balón-mano era un lugar idóneo para entrenamientos antigraavedad, por lo que tampoco tenía sentido construir cámaras antigraavedad en el espacio.

La tercera utilidad que se le ocurrió era la de naves con propulsión inercial. Si se rodease una nave con el campo generado por una cuña, podría manipularse la estructura del espacio alrededor de la nave para hacer que ésta "cayese" en la dirección y con la aceleración que se deseara pero con ello no se llegaría muy lejos. Simplemente a una velocidad de mil kilómetros por segundo, la resistencia del espacio a la deformación haría que las cuñas perdiesen su efectividad y eso haría que tardasen varias semanas en alcanzar la órbita de Marte o Venus. Construir una nave para más de cincuenta personas que les mantuviera con vida durante tanto tiempo era algo que Torio consideraba imposible, por muy geniales que fuesen las ideas de Lodren.

Entonces, si no era para ninguna de esas tres cosas, ¿para qué querían las cuñas?.

Torio se durmió sin hallar la respuesta a esta pregunta, y deseando que su regreso a la Tierra acabase de resolver todas sus dudas. Kander las resolvería todas.

* * * * *

Estaban a la salida del refugio.

Los doce hombres que iban a volver a la Tierra eran los únicos que estaban vestidos con el traje de vacío completo. A su alrededor los demás hombres que se iban a quedar en la estación, les contemplaban con un sentimiento de respeto y admiración. Respeto porque estaban actuando según su creencia de que Kander les recibiría con los brazos abiertos. Admiración por el valor que demostraban al asumir el riesgo de estar equivocados. Algunos querían ir con ellos, volver a Kander, pero no estaban seguros. La duda había arraigado en su ánimo y preferían esperar que otros volvieran primero, antes que arriesgarse ellos. Otros, sin embargo, estaban convencidos de que Torio y los que con él volvieran a la Tierra, estarían pronto muertos.

Unos pocos intentaban convencerles de que se dirigían a una muerte segura. La mayoría permanecía en silencio respetando su decisión o quizás esperando que Torio, una vez en la Tierra, les llamase para confirmarles que no había ningún peligro.

Los hombres cruzaron el río y se dirigieron hacia el apeadero que había a mitad del camino de los pasillos que les llevarían a la torre norte.

Intentaban bromear entre ellos, pero el silencio que les rodeaba era tan lúgubre, tan antinatural después de oír casi constantemente los gritos y murmullos de conversaciones lejanas en toda la estación que acabó imponiéndose a sus bromas.

Al llegar junto al apeadero, Torio se volvió a contemplar la ciudad por última vez. Aún era temprano y una ligera bruma cubría las orillas del río. En sus márgenes, la hierba daba un hermoso color verde que se extendía, salpicado de numerosas casas, hasta el inicio del bosque. Éste aún era una colección de ramas secas que se alzaban desnudas para intentar encontrarse con las que había en el extremo opuesto, pero no lo sería por mucho tiempo. Aunque no habían tenido tiempo de limpiarlo, Torio había podido ver que en algunos sitios volvían a salir de la tierra pequeños brotes que en pocos años llegarían a sustituir a los árboles muertos.

Sintiendo un nudo en la garganta, dio la vuelta y penetró en el apeadero. Dos minutos más tarde pasaron por el vestíbulo de la base de la torre y se agarraron al cable que los llevaría al extremo opuesto de la misma. Tardaron menos de cinco minutos en llegar y entraron por un pasillo que les conduciría al hangar. Junto a la puerta, con los pies en la pared y el traje de vacío puesto sin el casco, Karel y Lodren les esperaban.

Torio saltó despacio hacia ellos cayendo de pie a su lado. Sus hombres se colocaron a su espalda. Los demás que les habían seguido se agarraron a diversos puntos de las paredes.

Torio sintió un escalofrío al contemplar la escena. Sin fuerza de gravedad que les permitiera orientarse, "abajo" era una palabra sin sentido. Lo que veían sus ojos era una habitación con el suelo, las paredes y el techo cubiertos de carne humana, carne que les contemplaba.

- Torio, por favor, recapacita. Aún estás a tiempo. Lo que decimos Lodren, Diren y yo, es cierto. Los kander os van a matar. Por favor, no volváis.

- No, Karel. - respondió Torio sobreponiéndose - Estáis equivocados. Kander nos recibirá con los brazos abiertos, contento de recuperarnos. Le hemos sido fieles y no hay motivo para que nos castigue. Y os lo demostraré. En cuanto aterricemos os llamaré por radio y os diré que hemos vuelto a casa, que nos han echado de menos y que podéis volver sin temor. Es nuestro sitio, Karel, es allí donde debemos estar.

Karel apartó el rostro para ocultar unas lágrimas.

- Sois estúpidos. - insistió Lodren - ¿No os dais cuenta de que todo lo que hemos descubierto desde que estamos sin el control de los kander es verdad?. ¿Cómo podéis ir a la...?.

- ¡Por favor, Lodren! Hemos tomado nuestra decisión. Vosotros habéis tomado la vuestra. ¡Con libertad!. Dejados a nosotros también ser *libres*.

- Está bien, Torio. Basta, Lodren, no podemos convencerle ni obligarle. Torio, espero que tengas razón. Espero sinceramente estar equivocado. Pero si cambias de idea, si alguno de vosotros cambia de idea...

- No, Karel. Si tenemos razón no cambiaremos de idea. Y si al final no tenemos razón, no podremos.

- Está bien, pasemos al hangar.

- Espera, ¿dónde está Diren?. Me gustaría despedirme de él.

- No ha podido venir.

- Es curioso. - meditó Torio - Diren siempre ha sido un hombre frío y solitario. Ahora, en cambio, se ha vuelto más emotivo. Nunca antes le había visto...

- Bueno, Torio. - interrumpió Lodren - Si vais a iros será mejor que lo hagáis cuanto antes. Es preferible que lleguéis antes de que se haga de noche en la Tierra.

- Sí, vamos.

Agachándose hacia la puerta que estaba a sus pies, fueron desconectando las botas y, agarrados al marco, se impulsaron hacia el interior del hangar. Algunos hombres más entraron.

- Los que no tengan traje, - dijo Karel - no paséis. Vamos a cerrar esta puerta para abrir la exterior. Aún no hemos instalado campos de fuerza en la puerta del hangar, así que no puede haber nadie sin traje.

Esperó que volvieran a salir antes de cerrar la puerta. Luego se dirigió hacia la lanzadera donde ya Torio y Kestar se estaban familiarizando con los mandos ayudados por Draken y Choral.

- La trayectoria está programada por completo, pero si tenéis que hacer alguna corrección, desde esta consola se controlan los alerones. ¡No intentéis usarlos en la reentrada!. Esperad a que la velocidad descienda a los mil ochocientos Km/h. Torio, si cambiáis de idea y decidís volver antes de entrar en la atmósfera podréis hacerlo con este mando, pero una vez entréis en la atmósfera no habrá marcha atrás. Tendréis una autonomía de vuelo de mil quinientos kilómetros, aunque he programado la reentrada para que se produzca directamente sobre la ciudadela Kander. Os hemos instalado una radio que rescatamos ayer de la nave. Podréis comunicaros con nosotros por el camino. O con la Tierra para avisar de vuestra llegada.

Karel entró en la cabina de mando.

- Torio, los hombres ya están asegurados en sus asientos. Puedes salir cuando quieras en los próximos quince minutos. El ordenador corregirá la trayectoria una vez que salgáis, pero no debéis tardar más de quince minutos o tendría que rehacer todos los cálculos.

- Sí. Karel, Draken me ha dicho que nos habéis puesto una radio rescatada de la nave. Gracias.

- Llamadnos si...

Karel se mordió los labios y salió de la cabina sin terminar la frase. Choral y Draken saltaron tras él para reunirse con Lodren que los esperaba junto a la puerta interior del hangar.

Se pusieron los cascos y se aseguraron, con cuerdas que sacaron del cinturón, a unas barras que corrían por la pared.

Lodren comprobó que la puerta de la lanzadera había sido cerrada antes de abrir las compuertas que comunicaban con el exterior. Durante apenas unos segundos sintieron la succión del aire al escapar del hangar para perderse en el vacío.

Un minuto más tarde, la lanzadera se soltó de sus enganches y comenzó a salir del hangar perdiéndose en pocos minutos en la eterna noche espacial.

Quedaron solos contemplando la puerta vacía a través de la cual se veía pasar el terrible fulgor de infinitas estrellas.

- Me siento mal. - murmuró Karel.

Choral le pasó el brazo por los hombros intentando consolarle.

Todas sus esperanzas iban en aquella lanzadera.

* * * * *

Apenas una hora más tarde estaban todos reunidos en el anfiteatro. Karel los había convocado para una reunión y los hombres sentían curiosidad por el motivo de la misma.

- Os he reunido a todos para informaros de nuestros planes. No podíamos decir nada antes pues no queríamos que los conocieran ninguno de los que volviesen a la Tierra y que pudiesen informar a los kander. Torio y

los que han querido regresar con él han salido hace una hora así que no hay motivo para seguir guardándolos en secreto.

»Sé que algunos de los que os habéis quedado estáis esperando un mensaje de Torio para saber si podéis descender a la Tierra sin peligro. Quizás confiabais en quedaros en la estación hasta que los kander vinieran a rescataros. Lamento comunicaros que os quedaréis en *Libertad*, pero *Libertad* no se quedará aquí.

»Ayer rescatamos de la nave todo el material que pudimos traer. El resto lo lanzamos hacia aquí y llegará dentro de tres días. Lo recogeremos con la lanzadera y lo introduciremos en la estación.

»Entre el material que hemos rescatado se encuentran las cuñas gravitacionales y el propio motor iónico de la nave. Con este último hemos corrido un riesgo muy grande, podemos llegar a perderlo. Pero era un riesgo necesario.

»Lodren modificará las cuñas gravitacionales y las emplazará en la base de las torres. El campo generado por ellas rodeará toda la estación orbital. Anularemos la atracción gravitatoria que nos mantiene en el punto de Lagrange cinco, en órbita alrededor de la Tierra. Al hacerlo, la estación viajará en una trayectoria rectilínea en dirección a Júpiter. Según Isai Draikas hay allí varias bases y estaciones similares a ésta. Intentaremos encontrarlas para ver lo que podemos aprender de nuestros Antepasados. Entonces decidiremos lo que haremos a continuación. Pero hagamos lo que hagamos éste será, para siempre, nuestro hogar.

»Tardaremos varios meses en hacer el recorrido. Durante el viaje tendremos que fabricar espejos cada vez más grandes para que podamos recibir la misma cantidad de radiación solar. Tendremos trabajo, pero no demasiado. Tendremos tiempo para aprender todo lo que podamos de nuestros Antepasados. Aprenderemos de la vida de Isai Draikas cómo vivir en *libertad*, cómo sobrevivir en el espacio.

»Aprenderemos a luchar.

»Aunque nos repugne la violencia aprenderemos a luchar por las cosas que queremos y tal vez, algún día, podamos regresar a la Tierra y echar de ella a los kander.

»Ese planeta es nuestro y lucharemos por él, por volver a caminar por sus playas y sus bosques, por volver a contemplar el horizonte, las montañas, las tormentas y el arco iris.

»Recuperaremos la Tierra y seremos *libres*.

* * * * *

Torio estaba intranquilo. A lo largo de las últimas horas había hablado en dos ocasiones con Lodren, allá en *Libertad*, sin que hubiese conseguido, en cambio, contactar con la Tierra.

Faltaban unos diez minutos para penetrar en la atmósfera y aún no había habido respuesta del planeta.

Comprobó todos los parámetros que mostraba el ordenador en las pantallas. Draken había hecho un buen trabajo. También Lodren al diseñar la lanzadera. Bastaría cambiar los motores por otros de mayor potencia y sería capaz de volver a despegar para viajar de nuevo al espacio. Aunque era demasiado pequeña. Kander no cabría en ella. Necesitaría una nave más grande, como la nave exploradora.

"Es curioso." pensó. "No le pusimos nombre a la nave exploradora. Claro que ¿para qué?. Las cosas no necesitan nombre. *Libertad* no era una estación orbital, era un sueño.

Sin saber porqué, se sintió intranquilo. Había algo que no era capaz de identificar a pesar de resultarle vagamente familiar. Era como si estuviese a punto de recordar algo pero sin llegar a saber lo que era.

- ¿Kander?. - murmuró Kestar a su lado.

Se dio cuenta entonces. Era Kander. Volvían a sentir su presencia.

Una oleada de sentimientos les embargó. Sintieron Interés, Curiosidad, Alarma, Reconocimiento, Comprensión, Sorpresa...

Sin darse cuenta, Torio puso su mano sobre la palanca que le había indicado Draken. Aún no habían penetrado en la atmósfera así que esa palanca podría hacerlos volver a la estación si detectaban...

Sintieron Amor.

Torio se relajó al momento sintiendo que le embargaba una enorme sensación de Alegría.

Habían vuelto a casa.

CAPITULO XXII

La noche había caído sobre la ciudadela.

Las estrellas brillaban en el cielo alumbrando el camino de los enamorados que paseaban por la orilla de la playa.

Suaves olas bañaban sus pies mientras contemplaban cómo la Luna creciente construía un puente plateado que se perdía en el horizonte.

En el bosque había un grupo de hombres alrededor de una hoguera. Bailaban, cantaban, jugaban y gozaban alegrándose del regreso de los amigos que habían creído perder para siempre.

Eran felices.

Más allá del bosque estaba el antiguo aeropuerto.

Allí estaban los gigantescos hangares en los que habían construido la primera nave exploradora Kander.

Allí estaban construyendo la segunda.

Al fondo del aeropuerto había una pista sobre la que nada se había construido, estaba demasiado lejos de la carretera como para que valiera la pena construir nada, por eso era la única pista de aterrizaje que estaba intacta tras cuarenta y dos años de inactividad.

En su extremo más alejado había una lanzadera.

La habían dejado allí tras su aterrizaje pues sus motores se pararon y no fueron capaces de hacerla andar hasta los hangares. Mañana lo volverían a intentar.

En su interior, todo era silencio.

Silenciosamente, un panel se alzó del suelo.

Giró sobre unos bien engrasados goznes y de su interior surgió Dren.

Con calma, relajado, sin hacer siquiera el más mínimo esfuerzo por relajarse, se volvió para coger una mochila del hueco que había bajo el suelo de la lanzadera. Cerró con cuidado el panel dirigiéndose hacia la puerta.

Se aseguró de que no había nadie a la vista antes de salir de la lanzadera. En el horizonte, la Luna se despedía con un último destello hasta la noche siguiente. Más arriba, en el cielo, una pequeña estrella apenas destacaba entre las que le rodeaban.

Libertad.

Sintió la presencia de Kander resbalar sobre su mente.

Cerró los ojos lentamente mientras comenzaba a calcular potencias de dos. Uno, dos, cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos, sesenta y cuatro...

Siguió durante unos minutos hasta llegar a ocho mil ciento noventa y dos. Era demasiado fácil. En el sistema de numeración decimal de Isai Draikas podría representar alguna dificultad. En el sistema hexadecimal que ellos usaban sería sumamente fácil llegar hasta cantidades enormes sin apenas esfuerzo mental.

Bajó de la nave empezando a calcular potencias de tres. Tres, nueve, veintisiete, ochenta y uno... Era más difícil pues tenía que hacer sumas cada vez más largas y el hecho de concentrarse en ellas le hizo olvidar sus temores.

Cruzó la pista de aterrizaje perdiéndose en la oscuridad del bosque. Caminó hacia el este durante casi una hora antes de girar al norte. Llegó a una carretera y la siguió durante unos diez minutos hasta llegar al recinto. Al llegar a la primera puerta siguió su camino durante unos cinco minutos más.

Allí estaba.

Se preguntó si en su interior habría alguna *mujer* despierta. La puerta estaba abierta.

Nadie podía, nadie quería escapar.

Si los informes de Lodren eran correctos, en el pasillo habría tres puertas a la izquierda y dos a la derecha. Y una más en el extremo.

Llegó a esta última y observó el interior por una pequeña ventana de cristal. La habitación era más grande de lo que había supuesto. Había cuatro hileras de unas treinta cunas cada una. Al fondo de la sala había cuatro camas donde dormían cuatro mujeres.

Abrió la puerta unos centímetros y, agachándose, se quitó la mochila de polipel que depositó en el suelo. Sacó de ella una bombona de unos dos litros de volumen y le conectó un tubo de goma cuyo extremo opuesto introdujo por el resquicio de la puerta. Volvió a cerrarla hasta que sólo quedó espacio para el tubo. Entonces abrió la válvula.

Silenciosamente, el invisible gas empezó a llenar la habitación. Una de las *mujeres* abrió los ojos e intentó levantarse. Después cayó desmadejada en la cama.

Se puso una mascarilla sobre el rostro. Tendría aire para diez minutos pero esperaba salir en cinco.

Penetró en la habitación y una a una, comenzó a revisar las cunas examinando el sexo de las criaturas. Niño, niño, niño, niño... ¿dónde estaban las niñas? ¡En la cuarta hilera!

Sí, allí estaban todas las niñas alineadas.

Extendió las lonas en el suelo y empezó a seleccionar a aquellas que fuesen más grandes. Al coger con prisas a la primera niña se asustó al notar que su cuello se doblaba exageradamente hacia atrás. Volvió a dejarla en la cuna y la cogió tal como Lodren le había explicado, sujetándole la cabeza con una mano mientras con la otra la alzaba por las nalgas.

Con rapidez puso tres niñas en cada lona alarmado por la extraordinaria blandura de sus cuerpos. Mientras ataba las puntas de una de las lonas con el extremo de una cuerda, deseó que no les pasara nada durante el accidentado viaje que les esperaba. Con el extremo opuesto de la cuerda ató las puntas de la otra lona dejando unos sesenta centímetros de cuerda entre ambos fardos. Se puso el arnés y sobre él se pasó la cuerda por los hombros y, posteriormente, bajo sus brazos a la espalda. Las enganchó en unas eslingas que había preparado a propósito para esta tarea asegurándose así de que los fardos no se bambolearían en su camino.

Comenzó el regreso a la lanzadera.

Con casi cuarenta kilos a su espalda tardaría una hora y media en llegar a ella. La droga empezaría a perder su efecto en dos horas. Demasiado justo de tiempo.

Tropezó varias veces en la oscuridad del bosque, y ya temía haberse perdido cuando notó que a su espalda empezaba a clarear el día. Sabiendo ahora que iba en la dirección correcta se apresuró todo lo que pudo y diez minutos más tarde alcanzó las pistas del aeropuerto.

El cielo se había vuelto gris azulado. La claridad le permitía ver hasta el final de las pistas. Todo estaba solitario, silencioso.

Se dirigió hacia la lanzadera que le esperaba a doscientos metros de distancia cuando oyó un gemido a su espalda.

Uno de los fardos comenzó a agitarse de repente, surgiendo de él un pequeño grito que resonó a través del aire de la noche.

<¿. . . .?>

Sintió la presencia de Kander con la seguridad que da la experiencia de muchos años de conocimiento.

Sólo fue un gemido. La niña debió dormirse al momento. La presencia de Kander fue difuminándose mientras Diren repetía incansable las potencias de tres intentando no pensar, no sentir, provocar el más absoluto vacío en su mente. Le costaba más trabajo del que había pensado. Después de haber permanecido durante mes y medio sin tener que controlar sus emociones, le resultaba casi doloroso volver a hacerlo.

Alcanzó la lanzadera. La puerta estaba a metro y medio de altura. Puso los fardos a un lado de ella, en el interior. Se izó con los brazos.

<. . . .>

Kander estaba buscándole. Sentía su presencia acercarse y alejarse continuamente en su mente.

Cerró la puerta y se dirigió a la cabina de control.

Abrió un panel camuflado en la pared. En la consola que apareció tecleó una escueta orden.

Tenía un minuto.

Se quitó el arnés. Junto a la consola había una cápsula que se introdujo entre los dientes. La mordió y los gases encerrados en su interior le inundaron la garganta.

Lo había conseguido. El sentimiento de triunfo le...

<¡.!>

- iiiNOOOOOOOOOOOoooooo!!!

* * * * *

Pactor intentaba atravesar la puerta sin conseguirlo. El sabor salado de la sangre le hacía sentir una inmensa sed mientras lacerantes agujas se le clavaban en el cerebro provocándole una agonía de dolor.

No sabía cuánto tiempo llevaba intentándolo, no pensaba, no sabía nada más que tenía que salir de aquella habitación antes de que fuera demasiado tarde, pero sus esfuerzos chocaban en vano contra una invisible pero irresistible fuerza que le impedía dar un solo paso.

Sus pies resbalaron en un charco de sangre que había en el suelo y estuvo a punto de caer, pero recuperó el equilibrio y empujó de nuevo, y otra vez, y otra vez, ignorando el dolor, ignorando el miedo, ignorando todo lo que no fuese cruzar cuanto antes aquél invisible muro que le retenía contra su voluntad.

Un sonido a sus espaldas hizo que se le desorbitaran los ojos con un pánico cerval. Sin mirar atrás, comprendiendo que era su última oportunidad de escapar, empujó

con

todas

sus

fuerzas.

- iiiNOOOOOOOOOOOoooooo!!!

* * * * *

Pactor despertó sobresaltado sentándose de repente en la cama. Tenía el cuerpo empapado de sudor y la habitación daba vueltas a su alrededor. Echando una mano hacia atrás se apoyó para conservar el equilibrio. Respiró hondo durante unos minutos mientras la sangre le volvía al cerebro y tomaba conciencia de lo que le rodeaba.

Agitando la cabeza para calmar una repentina jaqueca, se levantó y caminó hasta la ventana. Se apoyó en el marco y, a través del cristal, contempló el paisaje.

Una leve penumbra iluminaba la estación dándole un aspecto fantasmagórico. No acababa de acostumbrarse a tener a la vista todo el interior de la esfera y echaba de menos los paisajes planos en los que el cielo se unía con el mar en un infinito horizonte.

"¿Qué ha pasado aquí?."

El paisaje que contemplaba era totalmente distinto a como lo recordaba.

En los primeros días pasados en la estación, la hierba, recién descongelada tras cuarenta y dos años expuesta al vacío del espacio, había adquirido un deprimente color pardo amarillento. Las hojas muertas de los árboles habían caído al ser agitadas por la eterna brisa de la estación. Lodren le había explicado que el movimiento

giratorio de la esfera no era seguido al mismo tiempo por todo el aire de su interior. La convección del aire, alterada por la diferencia de velocidad del mismo a distintas alturas, hacía que en la superficie siempre se notara una ligera brisa en la dirección contraria al giro de la estación. Por tal razón habían tenido que cubrir en los primeros días el polvo que había quedado como residuo tras extraer la atmósfera del terreno base de la esfera.

Ahora en cambio veía las praderas cubiertas de verde hierba. Las hojas caídas habían desaparecido y en algunos sitios descubrió pequeños arbustos que no recordaba que estuvieran antes allí.

Apoyó las manos en el cristal para intentar ver lo más posible de la estación.

Notó un leve incremento de la luminosidad que le rodeaba. En apenas diez segundos la luz aumentó iluminando, desde los anillos que formaban los ventanales, el más oculto rincón de la esfera.

Había amanecido un nuevo día.

Vio el verde de la hierba, las hojas de las pequeñas matas que empezaban a brotar en toda la esfera, las... ¿flores?, no, los pequeños púleos de algunas setas.

Se volvió hacia la habitación y se sorprendió al ver una segunda cama en la habitación y un hombre dormido en ella.

- Fasel. - se acercó a él y le sacudió el hombro - ¡Eh, Fasel, despierta!.

Fasel abrió los ojos y le miró sin expresión durante unos segundos. Después los abrió aún más y saltó de la cama dando un fuerte portazo al salir gritando de la habitación.

- ¡Karel!. ¡¡Karel!!.

Oyó los fuertes golpes que daba en la puerta de la habitación de Karel y unos segundos después unos agitados susurros seguidos de rápidos pasos hacia su dormitorio.

- ¡Pactor!. - exclamó Karel deteniéndose atónito en la puerta.

- Karel, ¿Qué demonios está pasando aquí?.

* * * * *

- ¿Y no recuerdas nada de éstos días?. - preguntó Lodren.

Lodren había venido corriendo desde su casa y le estaba examinando con un escáner médico.

- ¿Qué días?. Lodren, ¿cuánto tiempo he estado dormido?.

- Bueno, yo no diría que has estado dormido. Durante algún tiempo has estado... bueno, ausente. Dormías y despertabas pero eras incapaz de reaccionar. Te hemos tenido que alimentar durante...

- ¿Cuánto tiempo?.

- Treinta y cuatro días.

- ¡¡Treinta y cuatro...!?

- Bueno. Ahora parece que estás bien, aunque más tarde me gustaría que Dicas te hiciera un examen médico a fondo. Lo importante es que te has recuperado, sea lo que sea que te haya ocurrido. Es una suerte que esto te haya pasado en *Libertad*. Si llegamos a estar en la Tierra...

- Pactor. - interrumpió Karel - ¿Qué es lo último que recuerdas?.

- Lo último que recuerdo... No hicimos nada especial. Sí, fue el primer día que dimos descanso para todos los hombres. Estuve hablando con Lodren sobre la lanzadera que tenía que diseñar.

- ¿Recuerdas cuando Choral vino a decirnos lo que había descubierto?.

- ¿Esa estupidez?. Sí, claro. Decía que había oído una conversación ¡desde el extremo opuesto de la esfera!. Treinta y cuatro días. Supongo que era una estupidez, ¿no?.

- No, no lo era. Encargué a Torio que hiciera un experimento. Comprobamos que en algunos sitios del ecuador, cerca del río, el sonido se refleja en la superficie lisa del agua y de los ventanales y se puede volver a concentrar en el extremo diametralmente opuesto de la esfera. Además, la diferencia de temperatura entre las distintas capas de aire actúa también como una lente para el sonido de ahí que el fenómeno sólo se produzca a determinadas horas del día. Choral oyó realmente la conversación.

- ¿Seguro?. Me parece increíble que...

- Seguro, Pactor. Fue el pasatiempo favorito de los hombres durante varios días. Todos querían encontrar un sitio desde el que pudieran hablar con alguien a mil ochocientos metros de distancia.

- ¿Todos?. ¿Se lo habéis dicho a todos?.

Karel y Lodren se miraron durante unos segundos. Con un encogimiento de hombros, Lodren se sentó en un sillón.

- Pactor, inténtalo. ¿Seguro que no recuerdas nada más después de aquello?.

Éste intentó concentrarse durante algunos minutos. Recordaba perfectamente cuando Choral vino a decir que había oído esa increíble conversación. Le encargaron... Sí, sonrió al recordar que Choral creía que Karel y Diren...

Algunas imágenes le vinieron a la mente, pero eran imágenes sin sentido.

- Había... había una puerta abierta. Yo intentaba salir pero no podía, algo me lo impedía. Alguien me dijo...

Pactor intentó forzar los recuerdos. Había algo más, algo importante pero por más que lo intentaba las imágenes permanecían confusas. Incapaz, sí, y temeroso de llegar a entenderlas, decidió pasarlas por alto.

- Torio... Recuerdo que Torio me estaba hablando. Quería llamar a Kander pero no recuerdo para qué. Sólo sé que yo no quería que lo hiciera. Tenía... Tenía que impedirselo.

- ¿No recuerdas nada más?.

- Había algo que no debíamos decir a los hombres... Debíamos ocultarlo.

Karel desistió de forzarle a recordar. Aparentemente Pactor no recordaba los ataques de violencia que había tenido. Quizás era lo mejor para él, pero existía la posibilidad de que volviera a tener esos ataques. ¿Podrían confiar en él?.

Tendría que ponerlo a prueba y esperar que Pacto fuera capaz de asimilar todo lo que habían descubierto.

- Hemos dejado de tener secretos con nuestros hombres. Se lo hemos dicho todo.

Pacto respiró hondo y permaneció pensativo unos segundos.

- ¿Cómo les ha afectado?

- Cada uno ha reaccionado de una forma distinta. Algunos nos han creído, otros no. Pacto, ¿qué crees tú?

- No lo sé. No puedo aceptar algunas de las cosas que hacían los Antepasados. Pero tampoco me gusta lo que...

Se detuvo para levantarse y dirigirse a la ventana. Frente a la *escuela* había varios grupos de hombres sentados en la hierba y comentando las imágenes que veían en los libros. No dejaba de sorprenderse por todo lo que había sucedido en su ausencia. Treinta y cuatro días.

Uno de los hombres miró hacia la ventana viéndole. Inmediatamente avisó a sus compañeros que se volvieron hacia él sonriéndole y saludándole con la mano.

Alzó la mano en un saludo inacabado.

- ¿Dónde están Torio y Diren?

- Hemos construido una nave para que regresasen aquellos que quisieran volver con los kander. Ayer por la mañana salieron Torio y once hombres más hacia la Tierra.

- ¿Diren ha vuelto a la Tierra?. No creí que él quisiera volver.

Pasados unos segundos sin recibir contestación, se volvió hacia Karel, mirándole intrigado.

- Construimos un compartimento secreto bajo los asientos. Diren ha vuelto a la Tierra, pero oculto para que nadie en la nave supiese que iba con ellos. Esperamos que...

- ¿Que habéis hecho qué?. Karel, no entiendo nada. Diren no puede ocultarse de Kander. Y ¿es una nave o una lanzadera?. Y ¿para qué y por qué...?

- Pacto, espera, deja que te explique. Diren descubrió hace años que los kander no leen nuestros pensamientos, sino nuestras emociones. Desde entonces ha vivido entre nosotros ocultando sus sentimientos a todo el mundo, incluso a los kander. Ha sido duro para él pero nos demostró que se les puede engañar. No sólo eso, si controlas tus emociones y las inhibes por completo, los kander ni siquiera pueden detectarte. Diren lo ha hecho durante más de diez años y nunca le descubrieron. Estaba de acuerdo con nosotros en que teníamos que huir de la Tierra, pero si nos íbamos así, sin más, no continuaríamos existiendo como hombres *libres* más que hasta que muriésemos. No habría más hombres *libres* entonces, y creemos que los kander vivirán más tiempo que nosotros. Teníamos que regresar a la Tierra para robar las niñas recién nacidas que hubiese en la guardería. Dentro de once o doce años podrán empezar a reproducirse y tendremos un futuro por el que vivir. Y Diren era el único que podía intentarlo con alguna probabilidad de éxito.

- Estás loco. ¿Lo sabes?

- Sí. - contestó Karel sonriendo y mirando a Pacto con cautela - Estamos todos locos. Pero queremos vivir.

Pacto se volvió de nuevo hacia la ventana. Le gustaba contemplar el aire limpio, la ciudad resplandeciente, los hombres alegres leyendo, hablando, jugando en el río.

- Kander es el Enemigo.

Era una afirmación, más que una pregunta.

- Sí.

- Tenéis que contarme muchas cosas.

- Pregunta lo que quieras. Ya no habrá más secretos. Ni entre nosotros ni con nuestros hombres.

- ¿Podrá Diren regresar en la lanzadera?. No teníamos mucho combustible.

- No es una lanzadera. Por fuera puede parecerlo, pero le hemos acoplado el motor de la nave exploradora y una cuña gravitacional. Lodren no pudo probarlo antes de que partiera pero está seguro de que funcionará. Torio y sus hombres no conocen la capacidad de la nave, así que los kander no podrán averiguarlo hasta que la nave despegue para regresar. Con Diren y todas las niñas que pueda traer.

- "Los kander". - Pacto guardó silencio durante largos segundos. Karel, Lodren y Choral no quisieron interrumpir sus pensamientos - Vendrán dentro de... cinco meses.

- No estaremos aquí. Lodren colocará las restantes cuñas gravitacionales en la base de las torres. Servirán para anular las fuerzas gravitatorias que nos retienen en órbita alrededor de la Tierra. Seguiremos un camino en línea recta que nos llevará a Júpiter, lejos de su alcance para siempre. Intentaremos encontrar las antiguas bases de nuestros Antepasados. Viviremos en esta estación orbital. Si Diren consigue traer las niñas, tendremos *hijos* a los que enseñaremos a vivir *libres*. Algún día los kander morirán, o se irán. O les echaremos de nuestro planeta. Tendremos que aprender a luchar por lo que queremos. Y queremos volver a la Tierra como hombres *libres*.

Se levantó para acercarse a la ventana y se colocó a su lado. Contemplaron la ciudad, el río, los bosques. Los hombres.

- Es un buen motivo por el que vivir. Es un buen motivo para luchar. Dime, Pacto, ¿quieres venir con nosotros?

Pacto no contestó en varios minutos. Pensaba en todo lo que había vivido allá en la Tierra. Su infancia en la guardería siempre estudiando y jugando con otros niños. El puplaje cuando salió de la guardería para ir a vivir con su tutor que le enseñó a manejar el ordenador y descubrir todos los conocimientos que en él habían introducido los kander. Que le enseñó a convivir con otros adultos, a controlar sus emociones negativas, a disfrutar de la vida, de los paseos, del sexo, de la belleza de los paisajes.

Recordó a todos sus amantes, cómo los había amado.

- Éramos felices.

- Sí. Los kander tenían que hacernos felices para que no les perturbáramos con emociones negativas. Ahora podemos ser felices para nosotros. Podemos ser felices y *libres*.

Nunca volvería a contemplar un atardecer.

Nunca volvería a contemplar el cielo estrellado bajo la luz de la Luna.

- No sé lo que debo hacer.

- Cuando los kander nos controlaban - dijo Karel tras unos minutos de silencio - siempre hacíamos lo "correcto", lo que más les beneficiaba a ellos. No teníamos que dudar. Es lo malo de la *libertad*. Tenemos dudas. Tenemos que decidir entre muchas opciones cuál es la mejor para nosotros y cuál para nuestros hombres. A veces es difícil elegir, pero todos lo hacemos tarde o temprano.

»Lodren tardará cinco días en instalar las cuñas. Si decides volver a la Tierra encontraremos el medio de dejarte en ella aunque preferiría que vinieras con nosotros.

* * * * *

- Karel, ¡la nave!

Karel contempló la pantalla del radar observando el punto azul destellante que indicaba que Diren había vuelto.

- Lodren, ¿habrá despertado ya?

- Debería haber despertado. La cápsula sólo le mantendría inconsciente un par de horas, hasta que estuviese fuera del alcance de los kander. El ordenador ha traído la nave hasta aquí, pero él debería estar despierto.

- Entonces ¿por qué no ha llamado?. Draken, contacta con el ordenador y dirige la operación de atraque.

- Sí, Karel.

Permanecieron en tenso silencio mientras la nave se acercaba a la base. Pronto llegó a trescientos metros y se dio la vuelta para entrar marcha atrás en el hangar.

La puerta exterior se cerró al mismo tiempo que la nave conectaba los enganches magnéticos que la sujetaran al suelo.

Sintieron un zumbido en los oídos mientras el aire de la torre pasaba lentamente por una rendija para llenar el vacío del hangar.

Cuando la puerta se abrió por fin, saltaron en dirección a la nave. Ésta se abrió antes de que llegaran y se dirigieron directamente a la cabina de control.

El cuerpo de Diren, retorcido en una postura inverosímil, yacía en la pared, frente a la puerta.

Pactor se asustó al ver su rostro crispado en una mueca de Terror, los restos de una cápsula asomando entre sus dientes.

Lodren y Karel chocaron con él por la espalda empujándole hacia el cuadro de mandos. Se sujetó como pudo y se volvió para seguir contemplando aquel rostro aterrorizado, aquel cuerpo que una vez había sido Diren Sadeko.

Su rostro expresaba todo el dolor del mundo, todo el Terror que puede soportar un hombre sin llegar a volverse loco. Y aún más.

Se preguntó cómo era posible semejante Pánico, cómo se podía luchar contra una cosa así.

Un sonido consiguió apartarles de sus pensamientos.

Amortiguados, llegaron a sus oídos los llantos de varios niños.

- Karel, Pactor, vamos. - dijo Lodren - Tenemos que encontrarlos.

Salieron de la cabina y comenzaron a buscar entre los asientos. Al llegar a la tercera fila, Lodren gritó.

- ¡Aquí están!

Pactor y Karel se acercaron y pudieron contemplar dos sacos atados entre sí que rebullían inquietos contra el respaldo de un asiento.

Lodren, que había sido el primero en llegar, desató cuidadosamente las puntas de una de las lonas y ante ellos surgió una niña que, agitando, comenzó a flotar por el interior de la cabina.

- Karel, ¡cógela!. - exclamó asustado Pactor.

- ¿Cómo?. ¡No sé cómo se coge una niña!

- ¡Imbéciles!, ¿Cómo se va a coger?. - diciendo esto, Lodren saltó en el aire cogiendo a la niña antes de que chocara con el techo. La estrechó desmañadamente contra su pecho como había visto hacer a las madres en la Tierra después del parto. La niña, al sentir los latidos de su corazón, dejó de gimotear durante unos segundos escondiendo la cara en el pecho de Lodren - ¡Mierda!. ¡Está cubierto de mierda!. Creo que tiene hambre.

- ¿Puedo coger uno?. - dijo Draken que estaba en la puerta.

Karel asintió y Draken saltó hacia donde estaban ellos. Inclínándose, metió las manos en la lona y sacó una niña que los miró con severa mirada.

- Parece que está enfadado. - dijo Choral.

- Enfadada. - corrigió Karel.

- Llevan todo el día sin comer. - dijo Lodren - Karel, debemos llevarlas a la ciudad ahora mismo y darles de comer.

- ¿Qué comen las niñas?.

- Su dieta es muy similar a la nuestra. Aunque necesitan mayor aporte de proteínas y calcio. Arreglaré uno de los fermentadores para que fabrique el tipo de alimentos que necesitan. De momento se tendrán que apañar con la nuestra. Choral, no te quedes ahí pasmado. Coge una niña y vamos. Poster, Pactor, y tú, Karel, coged una niña cada uno. ¡Vamos!. ¡No tenemos todo el día!

Pactor desató el otro saco sacando de él una niña que puso en los brazos de Poster.

- ¡Oh, Kander!. - exclamó éste.

La siguiente niña fue a parar a los brazos de Choral, que se alejó casi sin atreverse a respirar.

Cuando Karel cogió la quinta, no quedaba más que una en el primer saco.

Pactor la cogió por las axilas y miró a su alrededor buscando a quien dársela. No quedaba nadie.

Por la puerta acababa de salir Karel y estaba él solo en la lanzadera con una niña en las manos.

Se preguntó quién podría llevarla. Entonces la miró.

La niña se chupaba los dedos mirándole con ojos curiosos. Tenía unas feas orejas que sobresalían bajo unos cabellos finos y pajizos. La pequeña nariz le recordó la cara de un cerdito. Era francamente fea.

Incluso su nombre sonaba fatal.

- Doipafezo. - murmuró con disgusto observando las cuatro cifras tatuadas sobre su clavícula izquierda.

Esto significaba que en la Tierra habían nacido ya catorce mil novecientas veintisiete personas, incluidos los mayores, desde la llegada de los kander. Se preguntó cómo era posible, la población de la ciudadela nunca había superado los ocho mil hombres. Suponiendo que hubiera dos mil... *mujeres*, la numeración no debería ser tan alta. A no ser que los demás...

La niña pegó un repentino chillido agitando las manos y Pactor se asustó temiendo haberla apretado demasiado.

¡Se estaba riendo!

¡Miraba a Pactor y se reía!

La estrechó con suavidad contra su pecho. Saltó con cuidado hacia la puerta y, desde ella, en dirección a la torre. La recorrió rodeado de hombres silenciosos que contemplaban asombrados aquella escena nunca vista.

Un hombre con un niño en sus brazos. No, ¡una niña!

Podían oír con perfecta claridad los jadeos de asombro, los suspiros de admiración que la escena provocaba en todos los presentes. Al llegar al cable de bajada se agarró con una mano sujetando a la niña con firmeza. Descendió hacia la esfera. Al entrar en el túnel de comunicación con ésta se soltó para agarrarse a una barra que lo desviase hacia otro cable que lo llevó hasta el inicio de la escalera de bajada. Se agarró a uno de los travesaños y llevado por el mismo impulso se dio la vuelta para colocar los pies en un travesaño inferior. Al llegar al apeadero, al final de la escalera, se deslizó con suavidad por la rampa de llegada hasta poner los pies en el suelo del pasillo. Tres semanas antes Torio había conseguido que volviesen a funcionar los cables de la torre y el tramo superior de escaleras pero Karel no había querido que perdiera el tiempo en hacer funcionar el tramo inferior por lo que el resto del camino lo tendrían que hacer a pie. Salió al exterior del apeadero y siguió el camino que en una suave pendiente descendía por la ladera de la esfera, atravesando el bosque norte.

Delante de él iban otros cinco hombres con cinco niñas en los brazos. Tras él, unos cincuenta hombres le seguían.

Los anillos que alumbraban la esfera le dieron una agradable sensación de calor conforme se acercaban al río.

Lo cruzaron por uno de los varios puentes que permitían pasar a la orilla sur para dirigirse desde ahí al refugio.

Al llegar ante su puerta, Lodren depositó la niña que llevaba en la verde hierba y entró con varios hombres a por comida. Una a una, todas fueron depositadas en la hierba, aunque a Pactor le costó trabajo soltar a Su Niña.

Todos los hombres estaban a su alrededor.

Pactor contempló aquella masa de rostros que les miraban con asombro.

- Miradlas. - dijo Karel - Son niñas. Algún día serán *mujeres*. Algún día serán las *madres* de nuestros *hijos*. Nosotros las criaremos. Nosotros las educaremos como hemos educado a nuestros niños. Quizás sea cierto lo que decía Diren, que las *mujeres* pueden ser tan inteligentes como los hombres. Quizás no, pero no importa. Les daremos todo el cuidado que necesiten. Todo el Amor que podamos. Porque ellas son nuestro futuro.

»Quiero volver a la Tierra, a ese planeta hermoso que hay allí abajo. Pero quiero volver como un hombre *libre*. Quizás no pueda conseguirlo en toda mi vida. No mientras estén los kander. Quizás podamos luchar con ellos de alguna forma y echarlos de nuestro planeta para siempre. Pero si no lo consigo, si no puedo volver a pisar nunca la Tierra, aún me queda una esperanza. Mis *hijos* lo conseguirán. Nuestros *hijos* lo conseguirán.

Pactor no entendió algunas de las palabras que Karel había pronunciado aunque podía adivinar su significado. Notó, sin embargo, que los demás hombres sí las habían entendido.

Eran las palabras que Diren les había enseñado.

¿Cuántas palabras más habrían aprendido?. ¿Cuántas cosas más podrían aprender de los Antepasados?.

Nuestros Antepasados.

Vio a Lodren que salía del refugio con varios platos de comida. Les dio uno a cada uno de ellos y se sentó en el suelo cogiendo a una niña y sentándola en su regazo.

- Haced lo mismo que yo. - dijo.

Se sentaron en círculo intentando coger a las niñas de la misma forma en que lo había hecho Lodren.

Era difícil darles de comer con las cucharas. Más de la mitad de la comida iba a parar al suelo, a la cara, al pecho.

- No puedo. - dijo Choral - Echa toda la comida fuera. Que lo intente otro.

- No. - replicó Lodren - Estas niñas son nuestras, de todos nosotros. Y todos tendremos que aprender a darles de comer. Fijaos en cómo lo hago yo. Se lo he visto hacer muchas veces a las *mujeres* aunque era con niños más grandes. A los niños de esta edad solían darles el pecho.

- ¿El pecho?. - preguntó Choral, desconcertado.

- Es igual. Hacedlo con cuidado y con paciencia. Veréis como lo conseguís.

Pactor consiguió meter media cucharada de comida en la boca de su niña, y vio satisfecho cómo la devoraba para volver a abrirla pidiendo más.

Siguió dándole más y más cucharadas sorprendido por la rapidez con que comía. Poco a poco la niña fue pidiendo comida con más lentitud. Cerrando los ojos, se acurrucó contra su pecho.

- Karel. Iré con vosotros.

- Lo sé. - respondió éste con una sonrisa.

Contempló el rostro de la niña que dormitaba en su regazo. De pronto se sobresaltó al sentirla eructar. Unas gotas de papilla resbalaron por su barbilla hacia el cuello.

- Tendremos que buscar una casa que sirva de recinto.

Karel se echó a reír.

- No, Pactor. No habrá ningún recinto. Tendremos a las niñas con nosotros y las criaremos tal como se criaban entre los Antepasados. Lo que también haremos será darles un nombre.

- ¿Un nombre?. ¿Quieres decir un nombre distinto a cada una?.

- Sí. Olvidemos los grados y los números. Cada uno de nuestros *hijos* tendrá un nombre desde su nacimiento. - alzando a su niña en alto, momento que ésta aprovechó para eructar, dijo - A ti te llamaré Diren. Desde ahora y para siempre. Algún día te explicaré porqué. ¿Quién sabe?. - añadió sonriendo - A lo mejor un día llegas a ser un buen oficial científico. - volviendo a ponerla en su regazo contempló como se iba adormeciendo - Dime, Pactor, ¿qué nombre le pondrás a tu *hija*?.

- ¿Puedo elegir?.

- Sí.

Pactor miró a su alrededor.

Todos los hombres estaban sentados en la hierba, admirando, contemplando emocionados el rostro de las niñas. Los más cercanos escuchaban la conversación y esperaban su respuesta. Todos sentían algo de envidia por que fuera Pactor quien iba a darle un nombre a su *hija*. La *hija* de todos ellos.

Sintió la suave caricia del aire en su rostro.

Notó la calidez del Sol difuminada por los espejos.

Oyó el murmullo del agua del río acariciando las orillas.

Bajó la vista y contempló los ojos cerrados, la pequeña nariz, las preciosas orejas.

- Te llamarás Libertad.

FIN